

JUAN RAFAEL MORALES ALFARO

AUTOBIOGRAFIA

Desarrollaré en las páginas siguientes mi biografía;

JUAN RAFAEL MORALES ALFARO

Mi nacimiento tuvo lugar en San Pedro de Poás, Provincia de Alajuela; el 20 de abril de 1913.

Mi familia estaba integrada por:

Gilberto

Juan Rafael

Margarita

Heriberto

Lidia

Victoria

Casimiro

Carmen y Rosario

Mi padre, José Gabriel Morales Rodríguez, fue un hombre sin vicios y de facultades excepcionales, de una inteligencia despierta, estudioso y dinámico. Realizaba todo trabajo: era agricultor, sastre, constructor, maestro y, finalmente, comerciante. En este cantón Poás poseía una pequeña tienda de telas y ropa hecha por él y una parcelita de tierra para agricultura en un sector que llamó El Chilamate. Asimismo, poseía un tramo o venta de ropa en la ciudad de Grecia, que atendía sábados y domingos.

Mi madre, María Alfaro Ulate, nativa de Naranjo era como mi padre, de oficios domésticos, sentimientos nobles y grandes virtudes para dar amor a sus hijos y a su esposo. Mis padres eran personas llenas de fe religiosa y devoción a sus principios cristianos. Desde estos principios orientaron la educación de sus hijos.

Mi padre era hombre de respeto y personalidad. Tenía gran prestigio por su honradez y costumbres ejemplares y se ganaba el afecto de quien lo conocía. Admiraba a Don Ricardo Jiménez y fue su partidario. Sus sentimientos eran democráticos. En San Pedro de Poás, en 1922, fue electo tesorero municipal; bajo su custodia estaban los dineros municipales. En esa época los fondos municipales estaban bajo custodia de una persona en vista de la dificultad de depositarlos en los bancos que sólo operaban en la Capital.

En ese año cursaba mi primer año escolar. El estudio me facilitaba entender las cosas. Una noche oí a mi padre conversar con mi madre; le decía que el Presidente Municipal, señor Ugalde, comerciante de ganado, le proponía que le permitiera tomar, en calidad de préstamo, una regular cantidad de dinero del fondo municipal -que estaba destinado para la construcción del puente del Río Poás-, para una compra de varias cabezas de ganado que entrarían al país por la frontera con Nicaragua; luego de negociar el ganado reintegraría el dinero y le participaría. Mi padre decía que a pesar de estar en situaciones difíciles tenía que negarse a tal ofrecimiento.

Recuerdo que con las amistades que él tenía conversaba de la situación económica del país; señalaba las consecuencias críticas que dejó la guerra mundial recién pasada; decía de la cantidad de personas que murieron por el dengue, siendo sepultados en tablas por falta de recursos económicos para comprar cajas mortuarias, de la circulación en el pueblo de cupones municipales equivalente a dinero bancario por falta de éste, la escasez de los artículos de primera necesidad, la baja producción, y el encarecimiento desmedido de los artículos nacionales y extranjeros; que la gente se empobrecía. En su negocio se bajaron las ventas, su situación era crítica, pero mantenía esperanzas en el negocio de Grecia.

A esta ciudad muchos sábados y domingos le acompañé. Ibamos a pie. En este trayecto tuve bellas impresiones: el paso por potreros donde pastaban bestias y ganado -camino que él llamaba "por dentro"- los ríos, los grandes árboles de higuerón y guapinol, el camino carretero y la llegada a Grecia en donde a cada lado se encuentran cañaverales y se divisan las torres de la iglesia. Su negocio estaba ubicado en el mercado de esta ciudad. Era una construcción de tipo galerón; en sus costados norte y sur había locales cerrados;

el centro era abierto, con filas de unos grandes cajones que contenían papas, maíz o frijoles para vender por cuartillos o cajuelas; otros cajones más pequeños tenían dulce en atados o tamugas. En mesas se encontraban tomates, quesos tiernos, café con tamales, biscochos, pan y refrescos; en el suelo se encontraban plátanos, yuca, ayotes, camotes, tiquisques, chayotes, etc.

Me impresionaba oír el murmullo de la gente que se agrupaba para "mercar su diario", como se decía en esa época, a la compra de los artículos de la alimentación de la semana. En el negocito mi padre comentaba con los clientes la crisis y decía que se vería obligado a vender su propiedad de San Pedro. Para mí visitar otros pueblos, conocer personas, conversar con ellos me permitía una mejor comprensión de la vida.

En 1923 mi padre vende el pequeño terreno o propiedad que tiene en San Pedro de Poás y nos trasladamos a Grecia donde compró una vieja casa de adobes, situada 200 metros al sur de la esquina sureste de la iglesia. La casa era esquinera formando una escuadra; por dentro, frente al patio habían anchos corredores; el patio empedrado fue para ordeño de vacas. Era muy oscura y sin luz. Los vecinos decían que en ella asustaban, que se oían ruidos extraños y que en el centro del patio estaba enterrado parte del capital del anterior propietario.

Mi padre alquiló un local del mercado, trasladó la poca mercadería del tramo. Además, instaló una pequeña zapatería poniéndola bajo la dirección de mi hermano Gilberto, quien trabajaba en este oficio. Contrató algunos otros obreros zapateros a fin de elaborar calzado de trabajo; además, a Margarita y Casimiro los puso a aprender este oficio. Al elaborarse este tipo de calzado, se inicia un nuevo medio para pasar la vida y mi padre tendría que desplazarse para vender ese calzado.

Los trabajadores en sus conversaciones, en broma y en serio, le sugerían a mi padre y mis hermanos buscar el dinero enterrado en el patio de la casona; pero a esto él se mostraba indiferente.

El tiempo pasaba. Ingresé a la escuela del lugar, "Eulogia Ruiz", a segundo grado con la maestra señorita Dora Suárez. En esta escuela conozco otros compañeritos encontrándome con más entusiasmo y alegría. Se me enseña a participar en presentaciones y a cantar el Himno Nacional

y otras más que siempre se cantan; a elaborar composiciones, cosa que no era difícil porque con facilidad podía describir como es un gato, su tamaño, su color, su agilidad, dónde vive, qué caza, etc., también las matemáticas; todo lo comprendía bien. En mi casa hacía los mandados, llevaba el café a mi padre y mis hermanos. También jugaba en la calle trompos y bolitas.

Un día me enteré, por una conversación de mis hermanos, que Gilberto se casaría con una señorita de apellido Sánchez. Así fue; se casó y pasó a formar su hogar, hecho que me sorprendió porque él ayudaba a mi mamá. Ella estaba triste. Se le iba un hijo. También a partir de ese momento pensé que el hombre se uniría a la mujer. Otro hecho que también fue una enseñanza, fue el nacimiento de otra hermana, Rosario. Esto sucedía en la casona.

Una noche oí a mi padre decirle a mi madre que la situación se le presentaba difícil al no vender el calzado que producía, por lo que se vería obligado a hacer giras a la región bananera de Limón y colocar o vender calzado de trabajo "Poco Bien", asimismo a San Carlos. Mi madre estuvo de acuerdo con la decisión de mi padre y, en forma casi ingenua, le sugería sacar el entierro del patio. Ella tenía esperanzas en que se nos resolviera la situación económica. Él, pensativo, le contestó: "tengo ganas, pero la verdad es que en esta casa sólo asustan murciélagos".

Poco tiempo después inicia su primera gira por Limón. Lleva unas cuantas docenas de calzado "Poco Bien"; logró colocarlos regresando con entusiasmo para preparar nueva partida. Una tarde se presentó a nuestra casa una señora, al ser casi las seis de la noche; manifestó tener poder para invocar el espíritu del difunto que enterró dinero en el patio. Mi padre le dijo que él ni creía ni dejaba de creer y si ella estaba segura de tal entierro que pasara adelante. La mujer se cubrió la cabeza y los brazos con una pañuelón negro; procedió a hacer unos saumerios con unos olores que repugnaban y, con unas inentendibles oraciones, invocó el espíritu del anterior propietario de la casa. La noche era oscura y silenciosa; en el aire brillaban intermitentes lucesillas de las "candelillas" o luciérnagas; los grillos no cesaban de sus ruidos, el perro aulló. En ese momento, aunque estábamos retirados de la mujer, el temor nos hacía temblar y hasta gritos pegamos al ver a la mujer envuelta en humo de saumerio. Ella aprovechó la confusión para indicarle a mi padre que el

dinero lo encontraría en alguna pared de adobe. Quedamos en la incertidumbre de si sería realidad o una broma oportuna.

Continuó mi padre con las giras y preparaba calzado para ir a San Carlos. Era en mis vacaciones y le acompañé. Llevábamos la carga en bestias; los caminos eran de tierra y carreteros; en algunos lugares de esta región nos tocó temporales. El calzado se vendía o se cambiaba por quesos y hasta por pieles de animales. Para mí el viaje fue maravilloso: conocí grandes ríos como el San Carlos, las selvas con sus animales, variedad de monos, pájaros y aquellos pastizales para engorde de ganado, las llanuras y montañas. Este conocimiento me ayudaría en mis estudios.

La enseñanza que se nos daba en la escuela era en la mañana y en la tarde. Logré situarme como el mejor alumno del grado; así se lo manifestó a mi padre la señorita Juárez y lo consignó en mi nota, ganando el año con éxito.

En marzo de 1924, ingresé a la Escuela con la maestra de tercer grado Doña Isabelina Barahona. El día 4, fuertes temblores azotaron al país. En esta ciudad fueron destruidas muchas casas y dañadas otras. En el mercado donde estaba situada la pequeña zapatería de mi padre, mi hermano Casimiro dormía en ella debajo del mostrador. Este mueble quedó prensado por madera y latas que se derrumbaron, impidiéndole salir. Fue sacado por socorristas; no presentaba golpes, pero sí estaba asustado. Los temblores continuaron por ocho días. Nuestra casa se desplomó por partes, y mi padre aprovechó el momento para destruir paredes dañadas en busca del tesoro escondido. No encontró dinero alguno, no había tal entierro; lo que sí existía era una situación económica muy crítica que arruinó al anterior propietario de la casa, arruinaría a muchos más y a mi padre.

La destrucción por los temblores del mercado y de mi casa, nos obligó a buscar otra para vivir y para ubicar en ella la pequeña zapatería y continuar haciéndole frente a la situación. Pasados los temblores regreso a la escuela; en el curso lectivo los alumnos comprendimos que la maestra Doña Isabelina era muy rigurosa en la enseñanza, pero aprendimos más y mejor las materias que dictaba. A la escuela se iba en la mañana y en la tarde. No teníamos tiempo para jugar ni en la casa, porque al llegar se tenía que hacer la tarea para poder jugar. Con el método de enseñanza de Doña Isabelina, para ser el mejor alumno del grado, se requería facultades de estudioso y dedicación. Sin embargo, no me

fue difícil ser de los primeros en el grado. Recuerdo que entre los más estudiosos estaban Jenaro Sánchez, Jorge Vega, Arcenio Suárez y Jobany Kooper. El grupo era numeroso: veinticinco por todos. Recuerdo también a Belfor Serrano y su hermano Paco.

En el mes de abril, dictaba Doña Isabelina una clase de Historia y refiriéndose al 1 de mayo como fecha de la rendición de William Walker, nos decía que también se festejaba como día de los trabajadores. Señaló que Don Omar Dengo formaba parte de un organismo que se interesaba por esta celebración que en otros países se efectuaba. Señaló que en Rusia los trabajadores tenían el poder en sus manos y que les estaba siendo difícil gobernar y también pasaban por una situación difícil; que muchas personas morían de hambre, por lo que este organismo dirigido por Omar Dengo solicitaba recoger dinero para enviarles ayuda. De las explicaciones de la maestra Barahona me queda la inquietud de que los trabajadores de Rusia tomaron el poder, pues en este año se agitaba una campaña de un partido político de trabajadores jefado por un sacerdote de nombre Jorge Volio, con una divisa que era una lechuza con ojos grandes vivos y rojos. Mis estudios continuaron dentro de las limitaciones económicas de mi familia, que cada día se agravaban.

El cantón de Grecia se desarrollaba; se producía dulce en cantidad, azúcar que llenaba necesidades de consumo de carácter nacional. Esta producción necesitaba mucho trabajador que consumía nuevos productos, ropa, calzado, etc.

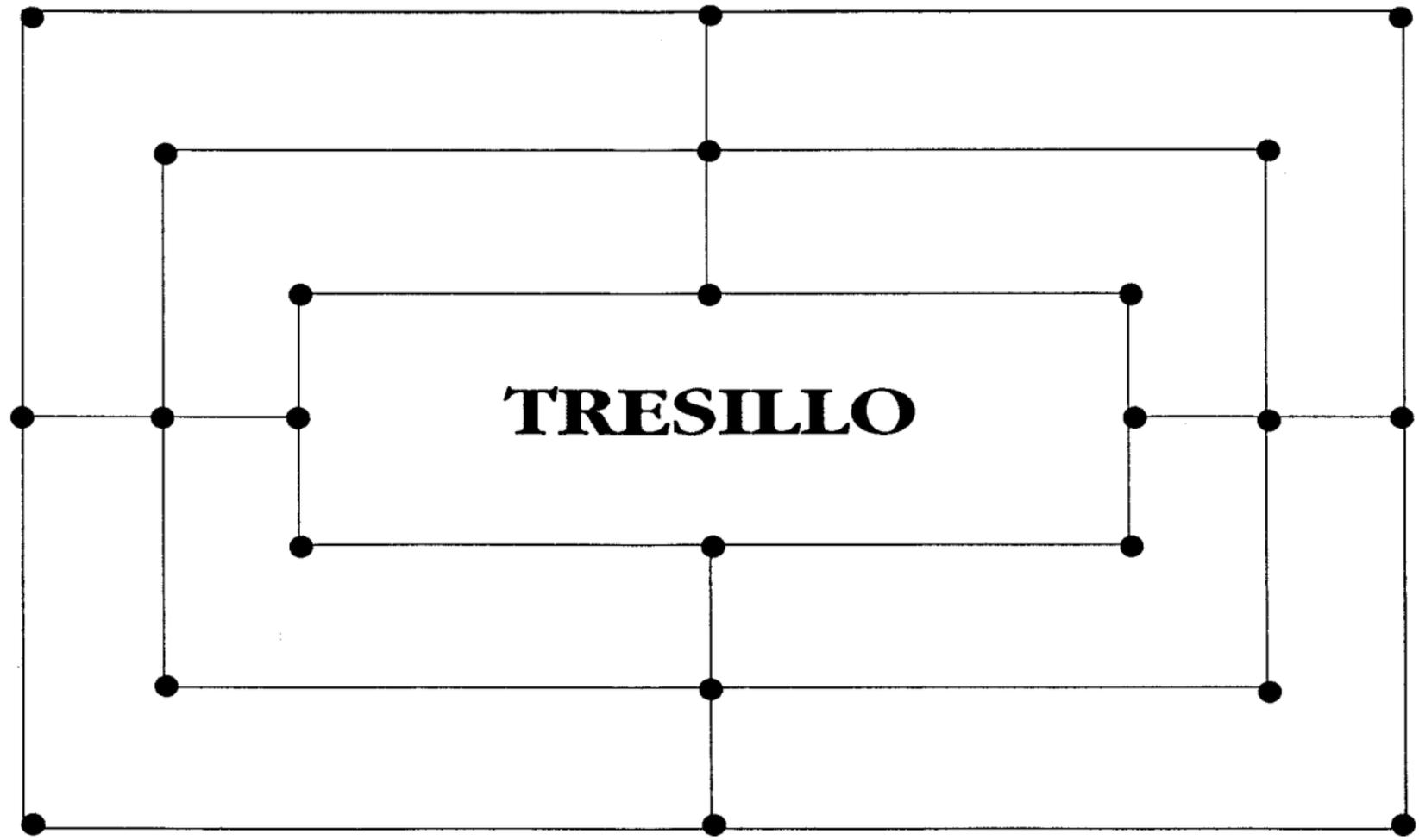
Don Elías Umaña, vecino de la ciudad, era conocedor del negocio del calzado y contaba con recursos económicos; había sido Guarda Fiscal en Sixaola y después capataz de la Bananera Yunai Fruit Company en Limón. Al mantener relaciones con esta compañía, instaló un taller de zapatería mejor equipado que el de mi padre y realizó un contrato de trabajo con esta empresa bananera, a fin de producirle todo el calzado de trabajo, calzado que se le llamó "Poco Bien", o zapatón. Su hechura era de cuero grueso aceitado o encebado; era media bota arriba del tobillo de amarra cordón de cuero, ojete niquelado, suelas gruesas clavadas y con chimbolos; se le denominó así, por no estar bien presentado, pero fue un zapato fuerte. Este contrato establecía que la bananera suministraría a esta zapatería del señor Umaña todos los materiales para la producción del calzado, materiales que importaba la Yunai libremente sin aforos; a cambio

de la entrega de toda la producción para venderla en sus comisariatos a los bananeros. El señor Umaña con este contrato desplazó a mi padre de las ventas de calzado en la zona Atlántica. Al crearse esta competencia en la producción de calzado de trabajo, el negocio se le convierte a mi padre improductivo y resuelve venderlo para emprender otra actividad. Compra una embotelladora de refrescos.

En 1925 nos trasladamos a Palmares donde fue instalada la pequeña fábrica de refrescos. Las botellas eran muy llamativas porque se tapaban con el gas al llenarla, por medio de una bolita llamada taponera; pero tenían un inconveniente, los muchachos cuando lograban robarse una botella la quebraban para sacarle la taponera, y usarla en el juego de bolitas. Ya en este año mi padre queda totalmente arruinado, cuenta únicamente con la embotelladora, la cual es instalada frente al parque de Palmares, donde está situado hoy el cine Rosalela. Mi hermano Casimiro es quien opera la embotelladora y ofrece los refrescos en todo el comercio, incluyendo el de los distritos.

Me toca continuar mis estudios escolares en la escuela del Cantón. El maestro Don Marco Tulio Ruiz nos daba el cuarto grado. El estuvo en su juventud en Centroamérica: en El Salvador y Guatemala. Trabajó como educador en la enseñanza escolar. De las experiencias que acumuló nos daba una valiosa enseñanza sobre la historia, geografía, educación y el sistema de gobierno de cada uno de estos pueblos. Recuerdo que nos decía que el analfabetismo era alarmante, mucha miseria; que existían ejércitos y que los gobernantes eran los altos militares.

Yo era ya un muchacho con algunas inquietudes, practicaba deportes y me gustaba destacarme; en la escuela me aprendía de memoria algún papel para desempeñarlo en algún acto público y más si se trataba con participación de mujeres. El maestro preparó para celebrar el 15 de setiembre de ese año un acto público en el mercado de Palmares. Era domingo, estaba lleno de gente del pueblo y campesinos; banderillas tricolores, guirnaldas, farolitos y pastoras adornaban el lugar y el pueblo. Mi padre obsequió los refrescos para los niños en esta fiesta. El papel que me tocó desempeñar en ese acto fue el de veterinario; a mi consultorio se presentaba una compañerita del grado, representando el papel de hija de un campesino muy pobre que se encontraba muy enfermo y ella desesperada buscaba



quién aliviara a su querido padre. Entró al consultorio del veterinario a plantear su problema. Me tocaba poner mi brazo sobre los hombros de esta niña para explicarle mi profesión e indicarle quién aliviaría a su padre. Pero esta compañerita era ya una de mis amigas preferidas, con ella compartía ratos de estudio y alegría. El acto terminó siendo aplaudido, luego pasamos a la escuela a tomar refrescos y galletillas.

En Palmares siento nuevas inquietudes, quiero vestirme a mi gusto, tener amigos. De estas amistades recuerdo a los hermanos Edgar y Edwin Méndez y sus hermanas; Marino Urpí y sus hermanos, Esperanza Fernández y hermanos; asimismo a Fernández hoy "Zoilo Peñaranda". Mi padre descubre mis inquietudes y para la Noche Buena, con dinero que mi hermano menor Heriberto y yo nos habíamos ganado en la recolecta de café a 0.40 céntimos la cajuela, compró tela y sombreros de pelo. Nos hizo vestidos enteros, saco y pantalón. Para mí y mi hermano fue una Noche Buena maravillosa. Estuve con Esperanza en la misa de Nacimiento del Niño. Me parecía que los principios cristianos de mis padres conducen al amor y paz como aquella noche de ese diciembre.

En 1926 me doy cuenta que tengo que dejar de estudiar, ponerme a trabajar para ayudar a mis padres económicamente y surtirme en mis necesidades, porque el negocio de la refresquería se liquidaba en vista de la competencia que le presentaba una fábrica de mejores medios económicos y más facilidad de distribución que surtía al comercio de Palmares y estaba instalada en San Ramón, de un señor Orlich. Este hecho y la crisis que continuaba nos arruinó, mi padre vendió la máquina embotelladora y nos preparamos a buscar otro lugar donde pasar la vida.

En 1927 llegamos nuevamente a Grecia y en la familia faltaba Casimiro porque se casó en 1926 con una joven de esta ciudad y aquí tenía formado su hogar. Amalia se llama. A ella le gustaba cantar canciones de nuestro pueblo. Mi hermano con su guitarra acompañaba; entre las favoritas cantaba la siguiente: Una vez dijo Sandino apretándose las manos a diez centavos les vendo cabezas de americanos, Guatemala, El Salvador y también los mexicanos ayudaron a Sandino si al cabo somos hermanos.

En esta ciudad, ya como el hijo mayor, me corresponde meter el hombro con mi fuerza de trabajo al sostenimiento de la familia que queda. Entro a trabajar como jornalero

en la hacienda cañera de los alemanes Niehaus. Esta hacienda, situada al este del pueblo, ocupaba una extensión territorial de 32 manzanas de cultivo de caña, dividida en cuadros de producción, separada por caminos y callejones. Mi trabajo era hacer surco con palas en tiempo de siembra y corta de caña de 6 a.m. a 12:00 m. En cada cuadro la jornada era dirigida en las labores por un capataz que a la vez era el orillero y por esta función su salario era 0.25 más por día que el del peón. La jornada se iniciaba por líneas de surco o corta, separadas a la orilla; el capataz, por ser el hombre de confianza de la empresa, gozaba de algunos beneficios más: casa en la finca, leña, dulce y azúcar; pero él, a cambio tenía que marcar con su jornada la de los demás. Generalmente el capataz es el hombre más fuerte, por lo tanto su trabajo era aún más, obligando a la peonada a realizar una tarea larga y agotadora. Zeto Arias se llamaba este capataz, era rústico y grosero; le seguía Chico Otoyá, hombre humilde y valiente que aspiraba ser orillero porque al serlo adquiriría prestigio y respeto ante finqueros y trabajadores. El decía que si obtenía la orilla al desplazar a Zeto no maltrataría a la peonada. Por mi parte yo pensaba estar entre los mejores trabajadores; logré acercarme a Chico y situarme en tercer lugar.

Pasaban los meses y seguíamos en mi casa en una situación precaria, porque era insuficiente mi salario y lo poco que ganaba mi padre para sostener la familia. Todos los días me levantaba a las 4 de la madrugada; mi madre me preparaba el almuercito: cinco tortillitas hechas por ella, un huevo duro, arroz con frijolitos, un pedacito de dulce de tapa y una botella de fresco de limón o naranja para irse a llevar sol toda la mañana y soportar el trato brusco del capataz y el mandador. Bajo esta humillante situación venían a mi mente recuerdos de la escuela, los recreos con aquellos juegos de "suela", "Caballero mal montado", etc. y del trabajo de mis hermanos: hacer zapatos.

Una mañana el orillero Zeto maltrató de palabra a Chico Otoyá, en vista de que éste lo alcanzaba en el corte; el incidente los llevó a una lucha a cuerpo, con peligro de pasar a darse de machete. Los peones suspendimos labores para intervenir e impedir consecuencias graves. El mandador, señor Barrantes, al enterarse que los peones apoyaban a Chico procedió a hacer cambios; a Chico lo dejó de orillero, a Zeto lo envió a otro cuadro y a mí me ofreció un traslado a la hacienda Margot de Turrialba, y trabajé los últimos meses del año 1928.

Acepté el traslado a Turrialba para que no me fuera a despedir cerrándome el trabajo en otras fincas; asimismo mi padre resolvió trasladarse a San José. En San José instaló en el Paseo de los Estudiantes, cerca de los mercaditos de Plaza Viquez, una venta de frutas: papayas, naranjas, limones ácidos, dulces, zapotes, sandías, duraznos, piñas, marañones, anonas, aguacates y refrescos naturales. A este negocio venía un señor llamado Victor Stancarí de nacionalidad italiana; diariamente compraba frutas, siendo atendido por mi hermana mayor Margarita. Ella, a la vez que atendía el negocio, se perfeccionaba en confección de vestidos.

En la hacienda se me situó en un campamento, lo llamaban un bache; doce habitaciones unidas a lo largo, con sólo una puerta cada una, todas pequeñas y oscuras. Su espacio sólo permitía un camión, un banco y una mesa; era de piso de suelo, había un corredor a lo largo del bache y al final una pila para todos. Algo distante del bache se encontraban los servicios sanitarios; eran de hueco producían mal olor, moscos y zancudos. Todos los días a las cinco de la mañana se oía la sirena del ingenio, como aviso para prepararnos y salir para el trabajo, para los cañaverales. Este trabajo era el mismo que realizaba en Grecia, palear haciendo surcos, chapear, cortar caña, deshojar caña, labor incómoda porque la hoja rasgaba las manos y la cara.

A las labores se entraba a las 6 de la mañana y se salía a medio día, luego se regresaba al campamento, cansado y sucio a limpiar y afilar herramientas y lavar la ropa, en algunos casos costaba quitarle el olor a monte y sudor; luego bañarse si se tenía mudada. En la noche me dedicaba a practicar en dibujo; dibujaba imágenes de animales, a veces hasta de algunas personas, también paisajes; este trabajo me lo admiraban mis compañeros; todos se los obsequiaba a fin de ganar amistad. Otros jugaban tresillo o tablero; algunos de los trabajadores lo que jugaban era naipes, unos ganaban otros perdían parte de su salario. Mientras se realizaban estas actividades en el tiempo de descanso, los trabajadores cambiaban impresiones y se contaban sus problemas. Por ejemplo, que hirieron a otra persona, y para descontar la pena se les permitía cierta libertad condicional, pero trabajando en Turrialba; otros abandonaron su hogar por sospechas de infidelidad de la esposa. Una noche encontré un hombre en su habitación triste y afligido, casi llorando; le pregunté qué lo aquejaba y en qué podía servirle. Me lo agradeció, pero

me dijo que pensaba en su esposa y los hijos pues su situación era tan crítica que con lo que les mandaba les era difícil pasar, por lo que deseaba verlos.

La vida para mí en ese lugar se tornaba compleja al encontrarme solo y entre personas con distintas costumbres, por lo que sentía necesidad del calor y consejo de mis padres. Resolví escribirles, para contarles cómo era mi nuevo ambiente y saber de ellos. Mi padre me contestó, entre otros consejos, me decía que todo joven a la edad de 16 años estaba en peligro de caer en errores si no era bien orientado por sus padres o un buen amigo, que, por lo tanto, me aconsejaba que antes de tomar una decisión apelara a mi conocimiento, mi conciencia y a Dios y a los ejemplos que ví en ellos. Efectivamente yo adquiría nuevos conocimientos y experiencias en esta otra ciudad y fuera de mi hogar. Me comunicaba a la vez que el italiano Stancari, le solicitó la mano de mi hermana mayor Margarita para contraer matrimonio con ella. Pero que Margarita demostraba no quererlo como para ser su esposo, posiblemente por ser en edad mucho mayor que ella. Sin embargo, mi padre creía que al tener el italiano medios económicos, por conveniencia el matrimonio podía efectuarse y señalaba fecha a la cual me invitaba.

El tiempo implacablemente corría y a veces sin darme cuenta el almanaque dejaba caer sus hojas; eso sí, las experiencias las mantenía y no las borraba nada. Una noche, a eso de las 6 p.m. salimos un grupo de trabajadores de la hacienda y nos dirigimos al centro de Turrialba. Recorrimos el pueblo, visitamos el Teatro Quesada, donde todas las noches pasaban películas de vaqueros y donde podíamos tomarnos un batido de papaya, hecho con leche, por diez céntimos, que difícilmente podré olvidar, compramos entradas y nos subimos a la galería del teatro a ver una película sobre Texas. El argumento de dicha película era la adquisición por los Estados Unidos del territorio de Texas a través de la fuerza armada en su clásica obra de expansión territorial. Al regreso al bache, en las conversaciones con mis compañeros, les planteé mi deseo de ir al matrimonio de mi hermana Margarita y estar con mis padres uno o dos meses. Aun cuando en esa época no existían leyes reglamentarias que pudieran impedir un permiso de ese tiempo, mi deseo era ir a mi casa y no perder el trabajo; aunque bastaba mi comportamiento y responsabilidad para ingresar de nuevo a la hacienda.

Uno de mis compañeros me comunicó que en ese teatro necesitaban un pintor de carteles; me sugería que al ser dibujante me sería fácil realizar el trabajo. Días después resuelvo presentarme al teatro. Soy atendido por su propietario, señor Rafael Quesada, de Cartago; en esta ciudad tenía su residencia con su familia. En Turrialba tenía el teatro y una cantina. Para estos negocios mantenía empleados eficientes, a los cuales les daba buen trato. Con todo respeto le planteé mis deseos de trabajar en la elaboración de los carteles en que se anunciaban diariamente las películas que se proyectarían en su cinema. Además le hablé del tiempo que requería para pasarlo al lado de mis padres. Don Rafael me propuso hacer una prueba de mi habilidad para la pintura. Me recomendó venir al apartamento de películas y carteles del teatro y, conjuntamente con el empleado que le había anunciado su retiro del trabajo, proceder a realizar mi práctica, a fin de conocer los métodos para que a mi regreso me incorporara al trabajo. Días después me apersoné al apartamento de carteles del teatro. Me encontré con un joven de color, Teófilo Wilson, quien amablemente me recibió. Luego me dio orientaciones sobre la preparación de los carteles, las pinturas y cómo se programaba la distribución de las películas que se proyectarían en la semana siguiente, de acuerdo como las asignaba la empresa del Teatro Variedades. El apartamento tenía dormitorio, baño y lavatorio. Había lugar para grandes resmas de papel periódico que se ocupaban en forrar carteles para luego pintarlos. Se anunciaba en seis carteles la película del día siguiente y se les pegaba a la vez una o dos fotografías de cuadros emotivos de la misma. Los carteles se colocaban en diferentes lugares de la ciudad. Asimismo, se realizaba un trabajo delicado con tinta de colores en cuadritos de vidrio de dos y media pulgadas por cuatro. La tinta se preparaba agregándole alcohol y goma arábiga para que pegara. A estos cuadritos los llamaba el negro Wilson, "eslai". En ellos se dibujaba el vaquero en su caballo o cualquier otro motivo alusivo de la película que se anunciaría. También se anunciaban tiendas y sus artículos, etc. A todas las explicaciones que me dio el negro le ponía la mayor atención para presentar con éxito mi trabajo. Sabía que los "eslai" serían pasados por la máquina proyectora y que los ampliaría del tamaño de la pantalla. El primer "eslai" lo dibujé con la imagen de Tim Mac Coy, en su caballo blanco. También dibujé carteles que anunciaban esta película. El

trabajo lo realicé con éxito; tanto el negro como el patrono se manifestaron satisfechos. Don Rafael me contrató para trabajar en su Teatro, al regreso de la visita que tenía programada para participar en el matrimonio de mi hermana Margarita.

En la mañana de un domingo me despedía de todos mis compañeros en la hacienda Margot. Ellos en diferente forma me manifestaron gran simpatía por mi forma de ser y esperaban mi regreso. Dos me acompañaron y a poco rato estábamos en el centro de Turrialba para dirigirnos a la estación del ferrocarril que me conduciría a San José. A las 12 del mediodía llegó el tren de Limón a San José. Lo tomé y 10 minutos después partió: por la ventana veía pasar velozmente los cañaverales como escapándose para siempre de mi compañía, viniendo a dejarme hasta Juan Viñas. Luego pasan verdes ramas y se siente un viento fresco, agradable, que se desprende de las montañas del Irazú. Estoy llegando a Cartago, ciudad de las brumas, donde se mira en ese hermoso valle la iglesia de la Patrona de Costa Rica, la Virgen de Los Angeles.

El tren se detiene; se acercan vendedores de cajetas, de semillas de ayote y el sabroso manjarete, duraznos y membrillos. Compré cajetas, duraznos y mis manjarettes. De Cartago a San José pensaba si estaría señalada para mi vida una nueva etapa. ¿Cuál sería mi futuro y el de mi familia? Me preocupaba el no haber podido terminar mis estudios primarios; pero estaba conforme con poder ayudar a mis padres económicamente, aun cuando fuera poco, y más me preocupaba pensar en mis hermanos menores, si podrían ir a la escuela. Llegué a San José al ser las cuatro de la tarde; frente a la estación del ferrocarril se estacionaban coches tirados por caballos. 0.75 céntimos valía el viaje o carrera dentro de la ciudad. En uno de ellos me subí y a mi casa llegué. Fue un momento de alegría saludar con abrazos a mi querida madre, mi padre y hermanos y entregarles lo que les traía.

Durante los días que faltaban para el matrimonio de Margarita me enteré de que ella no estaba del todo de acuerdo con ser la esposa de un hombre mucho mayor. Si lo haría era porque hasta cierto punto estaba presionada por las circunstancias económicas que atravesaba mi familia, ya en la miseria. Mi padre, en una situación que no permitía alimentarse adecuadamente y cansado por la edad, el trabajo y congojas, no alcanzaba a comprender la realidad del fenómeno

económico y consideraba que la solución, aunque fuera parcial, estaría en casar a su hija con un hombre de algunos recursos económicos. Yo pensaba en que una joven debe casarse con un joven para que puedan desarrollar su amor sin prejuicios ni obstáculos, disfrutar conjuntamente de las emociones y alegrías propias de su edad; porque los jóvenes se casan con alegría por proporcionar alegría a otro, y hacen esto desinteresadamente, de corazón; significa que se ama verdaderamente, ya que el amor surge del deseo de la ayuda mutua. Todos estos pensamientos no me dejaban en paz; sin embargo, no era yo la persona que podía decidir el futuro de la pareja.

El matrimonio se celebró en la Parroquia de Alajuela. El señor Stancarí resolvió trasladarse a vivir a Heredia y trasladó también a mi familia. Instaló un tramo o negocio para verduras en el mercado de esta ciudad, para que mi padre se lo atendiera. La casa donde fue a vivir mi familia era de tres apartamentos no permitiendo comodidad. El salario de mi padre no cubría las necesidades más urgentes.

Durante el período que estuve con mis padres establecí buenas relaciones con una vecina, casada con un coronel. Ella era más joven que él y él se mantenía ocho días sin venir a casa. Se preocupaba más por los asuntos militares que por lo que una mujer espera sexualmente de su marido. Aunque no les está permitido a los cónyuges pasarse de la raya, tampoco una mujer joven casada puede estar insatisfecha y falta de caricias, por lo que nuestras relaciones se convirtieron en un encuentro sexual, no lícito, pero normal y bueno. Detrás de todo esto se alzaba en mi pensamiento el deseo de regresar a Turrialba y mejorar mi ayuda económica a la familia y el horizonte de desarrollar mis sentimientos de amor que me despertó la vecina Luisa.

Mi madre era baja y gruesa, sonriente y agradable. Lloraba al sentir en carne propia los efectos de la crisis y las consecuencias al desintegrarse su familia. Mi padre era alto y algo delgado; los rasgos de su rostro eran finos y sus ojos bondadosos y atentos. Muy cuidadoso de su persona, en casa estaba bien afeitado y arreglado. Le gustaba la exactitud en todo y tenía un alto grado de sentimiento de dignidad. Era sincero y firme en sus convicciones. A nosotros, sus hijos, nos agradaba ver esto. Por lo visto estos hábitos nos los transmitió. Conversando con él sobre mi nuevo trabajo decía, si has prometido algo, mantén la palabra y regresa

pronto. Llegó el día de mi regreso, al despedirme de mis padres y hermanos recibí abrazos y besos: que vuelvas pronto, que estemos juntos algún día, me decían.

Ya en el tren, al partir, las ruedas retumbaban acelerando su marcha. Sabía que llegaría a Turrialba a ocupar una nueva posición en mi vida; que mis esfuerzos podían satisfacer mejor las necesidades económicas en la familia; y hasta pensaba en buscar trabajo para mi padre.

Al día siguiente de haber llegado me dirigí al Teatro Quesada y en la conversación con Don Rafael Quesada convinimos en realizar el trabajo de pintura de carteles y recoger las entradas de las personas que verían las películas. Por este trabajo el señor Quesada se comprometía a darme un salario semanal de ₡ 12 y la comida. La dormida o alojamiento la haría en el apartamento de pintura. Comenzó para mí un nuevo acontecer, nuevas amistades. Comía en la misma casa donde comía mi patrón. Era una familia Laurito; mantenía muy buena amistad con Leonardo hijo de la señora. El fue campeón de natación en la región y me enseñó este deporte. En ocasiones llegaba al apartamento de pintura y conmigo íbamos a colocar los carteles; me ayudaba a recoger en la puerta del teatro las entradas; luego nos acomodábamos para ver las películas.

Las películas eran mudas, es decir, primero se proyectaba una explicación escrita de lo que acontecía en los cinco minutos posteriores de desarrollo de la película, y así sucesivamente hasta terminar. Los domingos el señor Quesada contratava una orquesta, a fin de ponerle música a la película. En algunas ocasiones me puso a maniobrar una ortofónica, pero era muy difícil rimar la música con lo que simultáneamente se proyectaba. Fue en esta ocasión que conocí este aparato musical y en él adaptado un radio que funcionaba solamente con radiodifusoras extranjeras. Las películas, aun cuando el drama fuera corto duraban horas porque se proyectaban por rollo, quedando un espacio entre rollo y rollo. En este espacio se proyectaban en la pantalla mis dibujos hechos en los "eslái"; de ello recibí felicitaciones, asimismo, de las imágenes de algunos artistas que pinté en un gran cartel situado en el triángulo, "Parque de la Estación".

Además de Leonardo tenía otros amigos: Rafael el operador del proyector, Guadí, pintor del Teatro Girton, Wilson el negro, los hermanos Giralt y una joven de color. Ella me sorprendía en muchas ocasiones porque sin avisarme entra-

ba en mi habitación. Mi actitud frente a la amistad con esta negra era negativa. Me sentía influenciado por algo extraño contra esta raza. Con estos amigos y otros fui a varios paseos a La Suiza, al Río Reventazón, a practicar la natación y a pescar. Turrialba, efectivamente, tiene las alegrías de un Puerto; no tiene mar pero es bañado por la brisa del río. La hora de la llegada del tren que viene de Limón es un momento diario de murmullo y alegría, asimismo, la llegada del tren de San José. Recuerdo que a fines del 1931, llegó de Limón un tren cargado de personas de color en carácter de paseo. Supe que se le daba el nombre de "picnic" y que llegaban hasta Turrialba porque el gobierno no les permitía pasar de aquí; no se les permitía en agrupaciones llegar a Cartago, menos a San José. Este hecho me hizo comprender mi actitud frente a la negra.

En las relaciones de trabajo cumplía a mi patrono con lo prometido. Asimismo, a mis padres por carta les informaba de mi estado y les enviaba ayuda. Las contestaciones de mi padre fueron una orientación segura. En sus consejos me decía, diga siempre la verdad. Si está seguro de tener la razón, mantenga la opinión. En una contestación me informaba que los hijos que vivían en Grecia deseaban trasladarlo a esa ciudad. Así era. Gilberto el mayor vivía en casa de la esposa; él tenía otras para alquilar, además un tallercito de zapatería. Casimiro trabajaba en la zapatería de Elías Umaña. Viviendo más seguros de trabajo y económicamente, podían, como ellos lo manifestaban, ayudarlo mejor, estando más cerca. Me pareció correcto el ofrecimiento y en carta siguiente le manifesté estar de acuerdo con que se trasladara a Grecia.

El tiempo pasaba y continuando en mi trabajo me toca realizar una alusiva propaganda de carteles a la película "Santa Mía", protagonizada por Agustín Lara. Esta película formó en mi conciencia una inquietud sobre los problemas sociales, el por qué existían personas con gran miseria. Recuerdo cuando se anunció que en San José se estrenaría la primera película sonora, titulada "Con la canción en los labios". El día del estreno salió de Turrialba un tren lleno de gente para San José a ver dicha película y cuál era la forma en que se adaptaba la música. Luego vinieron otras. Don Rafael Quesada se preocupó porque en su Teatro se proyectaran estas películas; el método musical era novedoso, pero presentaba algunas anomalías, porque si no se ponía el disco de la música simultáneamente con la película, las melodías podían no estar acorde con el acto.

Era la Navidad de este año. Una vez más la pasaría distante de mi familia. Pensaba en ahorrar dinero a fin de dedicar un tiempo para aprender un oficio y estar más seguro de mi porvenir. Esa Navidad fue de intenso trabajo. Se celebraban fiestas cívicas y populares con redondel para corrida de toros. Esto siempre me fascinaba; aún así no sentía la alegría navideña. Pasé descansando en mi habitación después de pintar un anuncio de refrescos Vinto en una manta de 50 mts., que coloqué en el redondel de toros.

En 1932 mi familia se trasladaba a la ciudad de Grecia. Mi padre obtiene trabajo en el Almacén Otto Koper en hechura de pantalones por docenas. En cada una ganaría ₡ 6.00 (SEIS COLONES). Mis hermanos menores estarían más seguros de realizar sus estudios primarios. Mi madre, al ver de nuevo reuniéndose la familia, encontraba felicidad.

Al correr el tiempo aumentaba mis ahorros. Me surtía de ropa; compré a un amigo que tenía una zapatería, un par de calzado fino, pues sólo pensaba en reunirme con la familia y vivir con ellos. Pensaba también que si los ahorros me permitían aprender un oficio de mayor salario ayudaría más a la familia y mejoraría mis necesidades personales. El almanaque continuaba dejando caer sus hojas. Yo acumulaba años y sentía otras necesidades, propias de la edad: el vestirme humildemente, pero mejor presentadito. Era porque sentía mayor necesidad de las relaciones amistosas con el sexo opuesto. Había logrado establecerlas con algunas muchachitas de las que al entrar a ver una película me entregaban su entrada. Pero no era una amistad frecuente. Algunas de ellas me preguntaban que si no tenía padre ni madre, si no tenía familia, que si era solo, que por qué estaba en Turrialba, que si estaba cumpliendo una pena, y siendo tan joven. Solamente yo sabía que eran las consecuencias de la situación económica de mis padres que desunieron la familia y esa era la causa de estar como un desterrado.

Me preparé para marcharme hacia Grecia. Dí el aviso a mi patrón. El, sorprendido, me dijo: vea Morales, entiendo bien su deseo de volver al seno de su familia y a su pueblo. Mi forma de ver el asunto es que usted aquí estará mejor. Para aprender un oficio que le dé mejor salario tardará mucho tiempo. Le daré oportunidad para que vaya a estarse con ellos un mes y a su regreso le aumentaré a ₡ 15.00 (QUINCE COLONES) por semana. Eso sí, me prepara antes

de ir a un muchacho. De no aceptar, prepáreme con tiempo a otra persona que pinte. En efecto, no acepté, pero preparé a mi amigo Leonardo Laurito. Poco más de un mes en este trabajo y Leonardo pintaba solamente carteles. Durante ese período visité mis amistades para despedirme. La madre de Leonardo, en cuya casa comía, se dolía de mi retiro; me decía que yo era parte de su familia, que me apreciaba como hijo, que las puertas de su casa eran las de mi casa y estarían abiertas cuando regresara.

Llegó el momento de partir hacia Grecia, marzo de 1933, el tren venía de Limón para San José. Era un día despejado, de sol caliente, de vientos serenos y en mi entusiasmo pleno, mis amigos me despiden. Son las 12 del medio día, el pito de la locomotora movida con carbón, fuertemente suena, una y otra vez, su campana anuncia su tan tan, el sonido del vapor mueve el tren, rugen sus ruedas, las manos de mis amigos y de muchas otras personas se levantan en señal de despedida. Siento mi corazón latir como con dolor, porque me alejo de un pueblo que ya se quiere por las experiencias que me dejó, y de gran alegría, por volver al pueblo que tanto quería. Nuevamente veo por la ventanilla del vagón que corren a gran velocidad los cañaverales despidiéndome otra vez.

En el recorrido del tren, contemplaba el paisaje, el cielo azul, a la derecha como a la izquierda la vegetación verde, los cerros; asimismo, recordaba los "picnic" de los negros, los dramas de las películas como Santa Mía, La Bruja, Quo Vadis, la negra cariñosa que llegaba a admirar mis pinturas, las ventas de los ricos pejibayes, la hacienda Margot y la Aragón, el río Turrialba como el Reventazón. Todo ya pasaba a ser un recuerdo, una experiencia. Suena fuertemente el pito de la locomotora, entramos a Cartago, diez minutos después la campana anuncia que continuaremos para la capital, llegamos a San José.

Fuera de la Estación del Ferrocarril, abordé un coche o volanta tirado por caballos que me trasladaría a la Plaza de la Artillería, situada donde está hoy ubicado el Banco Central. En este lugar operaban oficinas de Seguridad Pública, el Edificio del Congreso Constitucional hoy "Asamblea Legislativa" y en la parte oeste estaba el estacionamiento de los vehículos que transportaban las personas a los pueblos lejanos. Tomé el que me llevaría al mío, Grecia. Estos vehículos eran de construcción de madera, la carrocería, y

lona, la capota. Eran llamados cazadoras. El camino hasta Alajuela era carretera regular y a Grecia trocha lastreada. Arribamos ya de noche.

Llegué a mi casa con mis maletas; en una bolsa llevaba un gran racimo de pejibayes, cocos, pan y confites; para mi padre una rueda de cigarrillos Chesterfiel y a mi madrecita una toalla para ir a misa. Toqué la puerta, alguien me abrió. Era mi hermana Victoria, quien se echó a mis brazos lanzando un grito de alegría, diciendo: papi y mami, es Juan, es Juan, vino Juan. Entré. Me abrazó mi padre, y mi madre, con lágrimas en los ojos, pero de alegría, exclamó: hijo de mi corazón, otra vez con nosotros. Bendito sea Dios que te va a tener con nosotros aquí en esta humilde casa. La casa era de madera, con sala, dos dormitorios, piso de madera, cocina, piso de suelo con fogón, para cocinar con leña y un gran patio; los tabiques o paredes de la casa estaban forrados o tapizados con papel periódico. Estaba ubicada exactamente frente a la vieja casona desaparecida. Todos parecían estar bien de salud. En la sala habían dos máquinas de coser que mi padre había comprado, con algunas piezas que no funcionaban, pero que él arregló y las utilizaba en la hechura de pantalones para el Almacén de Otto Koper.

Esa noche nos acostamos tarde porque era mucho lo que teníamos que contarnos mutuamente. Enterado mi padre de mi decisión de aprender un oficio, me propuso que utilizara una máquina y aprendiera la sastrería y en ratos la zapatería con mi hermano Gilberto, que trabajaba en la zapatería Umaña, que ya era una manufactura de calzado muy desarrollada. La Norma, se llamó.

Dormí en un esterón colocado en el piso, porque no se contaba con muchas camas. Los esterones se elaboraban con tiras arrolladas a lo largo de las envolturas del vástago del plátano. Al día siguiente visité a mis hermanos casados: Casimiro y su esposa, Amalia; recordaba de ella la canción de Sandino; Gilberto y su esposa, Sofía. Ellos estaban de acuerdo con mi regreso y en que aprendiera un oficio.

El tiempo pasaba. Mis hermanos menores iban a la escuela. Yo aprendía ayudando a mi padre en una de sus máquinas de coser pantalones y camisas. En las tardes iba a la zapatería La Norma a aprender con Gilberto el oficio de zapatero. Tanto de la sastrería como de la zapatería tenía cierta noción, lo que me permitía aprender con facilidad.

Asimismo, estrechaba de nuevo mis relaciones con mis amigos de infancia; hacíamos muchos recuerdos de esa época; me preguntaban si tuve novias y relaciones amorosas; si practicaba deportes; si bailaba; si ya era hombre, porque para serlo era necesario oler a tabaco, mujer y licor. Les decía que era todavía un joven que pretendía tener cierto límite en esos campos siguiendo las orientaciones que me indicaban mis padres. Pero que tenía buenos recuerdos de mis relaciones con otros pueblos que conocí, que todo me gustaba, especialmente las relaciones sociales, el fútbol, la natación, los paseos en grupos como los "picnic" de los negros, el baile, pero no lo sabía y deseaba aprenderlo. Me sugerían que ingresara como socio de un centro deportivo El Centro Obrero, donde se realizaban una serie de actividades recreativas, propias de la juventud.

En esta ciudad se operaba un gran desarrollo en la producción cañera, en dulce y azúcar, que generaba otras como la sastrería, panadería y zapatería y comercio. El pueblo contaba con gobierno local, la municipalidad, con gran interés del ornato del pueblo. Se formó un cuerpo de filarmonía que tocaba los domingos en el parque magníficas retretas. Los jóvenes y personas ya maduras, unos en parejas, otros en grupos de uno y otro sexo, dábamos vueltas y vueltas a su alrededor disfrutando de sonoras melodías. Este conjunto musical estaba integrado por zapateros, entre ellos mi hermano Casimiro.

Entre tanto en el seno de la familia se luchaba por mejorar nuestras condiciones económicas tan quebrantadas por la crisis que existía en el país. Por mi parte no perdía oportunidad para llegar a ser un buen obrero. Ya había aprendido la hechura de pantalones y con ello me ganaba un salario igual al que tenía en Turrialba y había logrado ampliar mis amistades, haciéndoles pantalones. A fines del año mi hermano Gilberto le comunicó al señor Umaña que yo podía trabajar bien en la elaboración del calzado Romano y cosido de varón, que me diera trabajo. El señor Umaña me solicitó a prueba y después de elaborados algunos pares, me llamó a conocer un contrato que él sostenía con la Yunai Fruit Company y que todo obrero que trabajara en su empresa se obligaría a firmar y cumplir.

Dicho contrato era engañoso porque establecía ciertas normas mutuales. En uno de sus capítulos decía: "Todo trabajador tendrá derecho en caso de enfermedad a la atención

del médico, la receta y sus primeras medicinas, nada más. Si la enfermedad continúa será enviado a hospital de caridad. Para este efecto la empresa está autorizada a deducir del salario de los trabajadores ₡ 0.25 (VEINTICINCO CENTIMOS) por semana. En caso de epidemias la empresa sufragará los primeros gastos, pero estos fondos que acumula serán de su propiedad".

Otro capítulo establecía que durante la existencia de este contrato los trabajadores no tendrían derecho a solicitar aumentos salariales. El salario en esta época se regía por la norma de que era el patrono quien lo establecía a su gusto y cuando le viniera en gana, en este caso, la bananera; es decir, no existían derechos para los trabajadores.

Firmé el contrato. Se me ubicó en una mesa de trabajo. La empresa estaba situada 75 metros oeste del edificio municipal. Era de construcción de cemento. El frente a la calle tenía un salón grande para su despacho con sus urnas de exhibición, ventanales y puerta de entrada al centro; al este había un portón de hierro y tapia que limitaba con la escuela Eulogia Ruiz; dentro de este frente, al lado oeste, había un cañón de la construcción dividido en cuatro aposentos de cuatro por cuatro: el primero era el recibo de calzado elaborado, el segundo, planta de máquinas de alistado, el tercero y cuarto, para montado del calzado, con sus mesas largas con los correspondientes bancos de los obreros zapateros; cada una agrupaba quince o más. Al este, detrás de la tapia y portón, había un patio.

Los compañeros zapateros se me mostraban alegres por mi éxito y me señalaban que me faltaba el bautizo para ser un verdadero zapatero. Fui sorprendido con tal cosa. Dicho bautizo consistía en bañarlo a uno con uno o dos baldes de agua de suela de muchos días de descomposición; a tal grado que soltaba todo el color del mangle con que se le da el color, quedando uno con un olor de teja. Además, el mismo día en la noche se celebraría un baile en casa de uno de ellos. Así fue: me bañaron bien que tuve que ir al baño de la empresa, en medio de grandes carcajadas, aplausos, vivas palmetadas y la invitación al baile.

Ese día en la noche, aunque no sabía bailar no podía perder esa oportunidad, llegué al lugar. Me recibieron con simpatía. El conjunto musical estaba integrado por tres personas: un cantante, uno con la bandolina y el de la guitarra. Tocaban pasillos, pasodobles, mazurcas y recuerdo una

canción: Júrame. Recuerdo también a mis amigos Edgar y Abel Vega, su hermana Lelia; Carlos Castro, Beto y Vinicio Villegas, sus hermanas; Dago y Saúl Soto y su hermana, José Bolaños, Israel Chaverri, su primo y su hermana; Macho y Mago Solano, mis hermanos Gilberto y Casimiro, etc. El señor de la casa repartía copas de licor que animaban el espíritu, y una de las muchachas trataba de enseñarme a bailar. Este momento para mí significaba una página en mi vida muy distinta, de mayor responsabilidad frente al destino. Comprendía que pertenecía a una clase, a la que trabaja; que tanto los patronos de los cañaverales como el de la industria del calzado, eran los que le ponían precio al trabajo que uno realizaba; que no era el jornalero o el zapatero que podía poner el precio a su fuerza de trabajo; pues según el contrato que firmábamos en la zapatería, se nos pagaba: por cosido puntiado, ₡ 4.00 (CUATRO COLONES) por el montado, alistado ₡ 0.60 (SESENTA CENTIMOS) por par, el montado del calzado "Poco Bien" 0.90 (NOVENTA CENTIMOS) por par, alistado ₡ 0.25 (VEINTICINCO CENTIMOS) por par. Los salarios eran muy bajos con relación al costo de los artículos para vivir.

Yo sentía una rebeldía en los más profundo de mi ser y me preguntaba qué camino seguir para poder mejorar las condiciones económicas de mi familia y mis propias necesidades. Sentía la necesidad de participar en actividades sociales, deportivas y culturales. Quería ser socio del Centro Obrero, participar en sus fiestas sociales, bailes, excursiones, conferencias, etc., participar en el deporte y vestir adecuadamente. Pero el camino que solucionaría estas necesidades estaba cerrado. El contrato que firmó el patrón con la United Fruit Company, y que éste obligaba a sus trabajadores a firmar, nos condenaba a no pedir aumentos salariales durante su existencia, a pesar del aumento desmedido en el costo de la vida y la especulación. Ni el gobierno de ese momento, ni los anteriores, tomaban en cuenta a los trabajadores ni dictaban leyes que protegieran su salud, su vida.

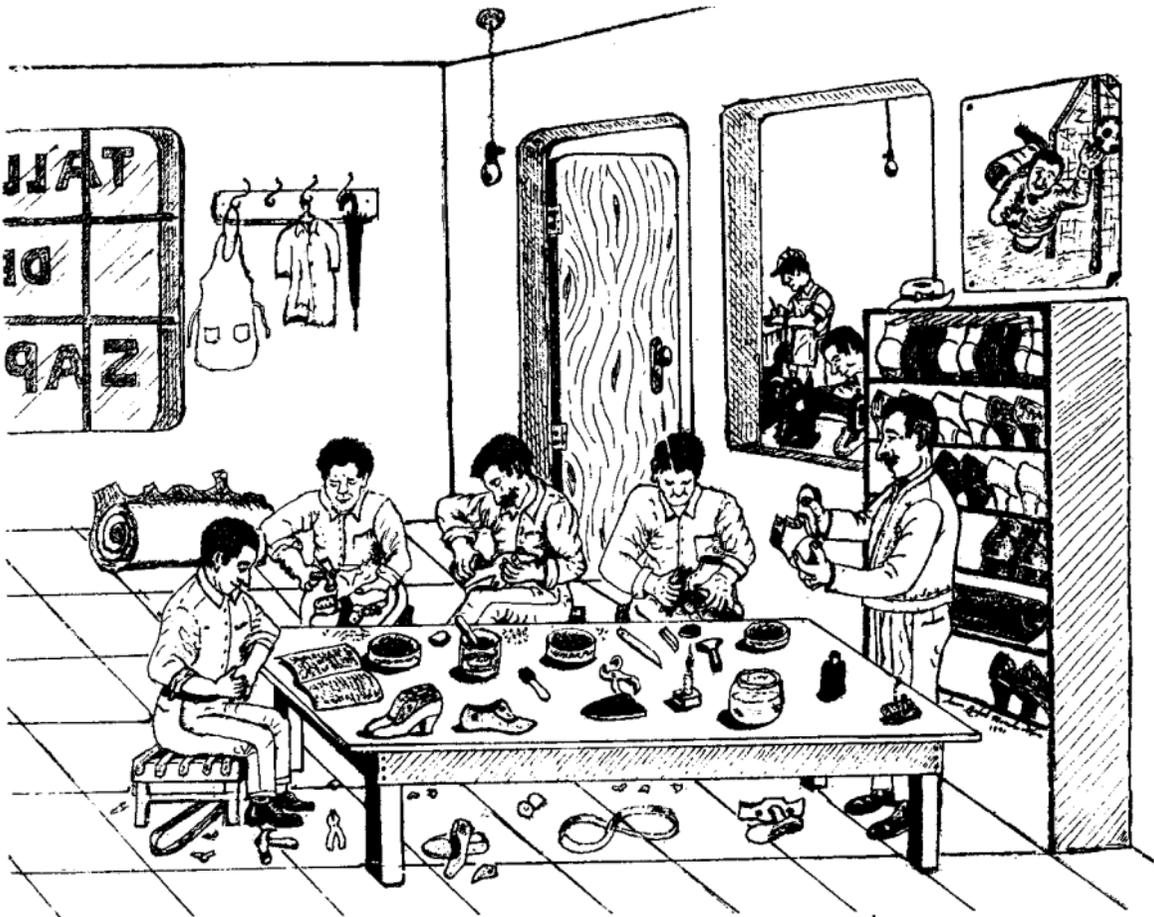
Sin embargo, ya en mi condición de obrero zapatero y en el transcurso del tiempo, pude constatar que en el resto de los compañeros existían las mismas inquietudes, pero que no se contaba con una orientación clara para resolver el problema. A la manufactura o taller se entraba a trabajar a las 6 a.m. se salía a las 11 a.m.; se regresaba a las 12 del mediodía y se salía a las 9 p.m. Aunque este horario no se

aplicaba en forma rigurosa para deportistas que realizaban sus prácticas de 3 a 6 p.m. Regresaban a su trabajo, porque era la forma o medio de obtener un mejor salario por su mayor esfuerzo. Además se contaba con la oportunidad de que se podía conversar en el trabajo, se contaban anécdotas, se podía cambiar impresiones sobre diferentes temas.

También si se sacaba la tarea que uno se proponía a las 5 ó 6 p.m. podía retirarse del taller. Generalmente los más jóvenes nos retirábamos a esas horas y después de ir a nuestras casas a comer, nos reuníamos con otros amigos y recorríamos parte del centro o nos sentábamos en las banquetas del parque a conversar y tratar de atraer a alguna joven.

Al acercarse el mes de diciembre de 1933, el patrono anunció que la producción se aumentaría, como consecuencia de la demanda de la fiesta navideña, aunque en esa época solamente la festejaban las personas de suficientes recursos económicos. Pero él nos ofrecía instalar en la planta de producción un radio, cosa totalmente nueva, desconocida para la mayoría, no sólo de los obreros, sino del pueblo en general, y, además, que el día 24 de diciembre nos obsequiaría licor, cigarrillos, confites y galletillas, a cambio de darle una producción mayor al 50%.

Mientras todo esto se proyectaba, mejoraban mis conocimientos en la elaboración del calzado, ampliaba mis amistades y ayudaba más a mis padres. Cerca de mi casa, a los 100 metros al este, llegó a vivir una familia que venía de Tacares, distrito de Grecia. El padre de esta familia, señor Juan Soto, compró esa propiedad con casa de habitación de corredores, un solar sembrado con caña; además, una pequeña finquita de unas cuatro hectáreas de potrero y agricultura, caña, etc. Por ella pasa el río Poró a 300 metros sur de mi casa. En esta finquita tenía su yunta de bueyes, su bestia y otros animales. Uno de sus hijos era propietario de un vehículo de carga. El señor Soto, con sus bueyes araba su finquita. Era un hombre grueso, no muy alto, pero de aspecto fuerte, enérgico y trabajador. Lucía su carreta con sus bueyes, la hacía cacarear cuando la cargaba de dulce o caña. Eso para él era su orgullo. Su caballo era de color gris plomo, su crin y cola vistosa, de mucho brío. Su hija Lili, en pelo lo montaba y jineteaba, al pasar por el frente de mi casa con gesto alegre animándolo a correr, las riendas le aflojaba, con su ágil movimiento su falda se le alzaba, de su valentía, yo la admiraba. Tenía sus vaquitas



que en uno de los corredores de la casa ordeñaba. Esta familia se ganaba el afecto de los vecinos.

Por fin llegó diciembre con su brisa del verano, las flores, el cielo azul y despejado. El patrón coloca en el taller un radio que puso a funcionar todos los días. La radioemisora era la Voz de La Victor. Oíamos canciones de Agustín Lara, Pedro Vargas, Ortíz Tirado, Gardel, Libertad Lamarque y Tito Guizar. Entre las canciones más lindas estaban: Piensa en mí, Tu castigo se lo dejo a Dios, Por qué te vas, Amor de mis amores, Fuiste mía, Tus ojos me lo dicen, etc. Algunas de ellas las aprendimos y las cantábamos dando serenatas a alguna joven que admirábamos. El ambiente era festivo, los días largos y despejados y las noches frías. La gente se preparaba para la Nochebuena del nacimiento del Niño, haciendo sus adornos de portal, los tamales de esa Noche, el pan de María Rosa, el guaro contrabando para el rompope. Todas las personas, tanto de día como de noche, salían a ver los juguetes que traería el Niño a sus hijos; los novios en busca del regalo que harían a sus novias; los que contaban con medios económicos viajaban a San José. La gente decía: la Nochebuena viene hay que prepararse. Y la Nochebuena llegó. El día miércoles 24 de diciembre a las 6 de la tarde el patrón procedió a celebrar el acto que ofreció. En una mesa se encontraban bastantes botellas de licor, vasos, paquetillos de cigarrillos, confites y galletitas para que los trabajadores llevaran a sus hijos. En uno de los aposentos, bien arreglado, estábamos todos los trabajadores, siendo atendidos por el hijo del patrón y dos señoritas, una de ellas mi hermana Victoria, recién empleada para el despacho.

La noche fue de alegría: algunos cantaban, otros se reían, varios se pasaron de copas. Por mi parte, junto con mi hermana, recogimos lo que se nos obsequió y nos retiramos para irnos a reunir en nuestro hogar con nuestros padres y hermanos, porque nuestra madre nos esperaba con un café y unos tamales que ella preparó. Llegamos a la casa y unos minutos después, estando todos sentados alrededor de la mesa, mi madre sirvió el café y los tamales. Luego se sentó al lado de mi padre y, con las frentes inclinadas hacia la mesa, oraron como suplicando un mejor bienestar. En mis ojos temblaba una lágrima, no sabía si era de alegría o de tristeza por la situación económica por la que atravesábamos. Mis padres terminaron la oración. Dimos principio a tomar el café. Las campanas del templo, con su sonido, llamaban al pueblo a la misa de media noche; oíamos a las gentes que

apresuradamente caminaban hacia el templo. Mi madre me hizo enorgullecerme por su carácter generoso, por su firmeza y su amor abnegado. Terminando de tomar el café y de cambiar algunas impresiones, resolvimos dormir.

Al día siguiente, 25 de diciembre, en la mañana, muy temprano nos despertó el ruido que por las calles se oía de cornetillas, matracas, pitos de agua, chicharras y pistolas de los niños que jugaban. Las niñas jugaban con sus muñequitas de trapo, con sus cabezas, manos y pies de porcelana, entre ellas, mis hermanas menores. Era una mañana en que muchos niños podían sonreír. Asimismo los jóvenes en la calle, con gran alegría se mostraban lo que recibieron como demostración de aprecio de otras personas, algunos estrenando vestidos de colores vivos y adornados.

La tarde era con aire puro y fresco, el cielo azul por el que vagaban pequeñas nubes blancas. Victoria, mi hermana me invita ir a ver portales. Yo estrenaba un pantalón de casimir café oscuro y camisa blanca de manga larga, el pantalón con quiebre recto y fino, pañuelos blancos y dobladitos y mi sombrero de pelo. Salimos de la casa, caminamos un poco y llegamos a la primera casa. Era la de la familia Soto. Nos recibió doña Catalina, esposa del señor Soto; pasen adelante, nos dijo, mi portal es humilde, igual al nacimiento del Niño Jesús y como es mi casa y mi familia. Doña Cata es una mujer amable, de regular altura; vestía enagua café, blusa beige, con delantal a la cintura, de bolsa adornada. Su cabello era negro, peinada de carrera al centro y trenzas. Nos presentó su portal adornado con flores de colores que ella hacía, lana y macetas rodeadas de guirnaldas. El paso era grande, de madera, con toda clase de figuras. Mientras mirábamos su portal se nos acercó su hija Lili. Era una joven hermosa, sus mejillas como hechas de rosas, su busto gallardo como campesina sana, llena de gracia y armonía. Su cuerpo se destacaba entre las jóvenes; sus ojos y pupilas me estremecían, viéndola pensaba en su dulce figura.

Yo sentía que en ella cimbraba su cuerpo de alegría; que aquello no eran inocentes fantasías, vestida de blanco confitillo, de motitas rojas, cabello suelto peinado de carrera al lado; y que con su natural cortesía nos indicaba servirnos de un delicioso café con tamal que nos ofrecía; luego de tomarlo nos despedimos. Lili nos acompañó hacia el portoncillo que quedaba a orilla de la calle, después del jardín donde ella se quedó entre sus flores.

Continuamos nuestra visita a varias casas más. Observando el entusiasmo que la gente pone al elaborar su portal, la fe y la esperanza en que estas prácticas conducirían a la Paz y Justicia en el mundo, pasó el día y, asimismo la noche.

Al día siguiente, en el taller mis compañeros de trabajo comentaban cómo fue para cada uno de ellos la Nochebuena. Por mi mente sólo se mantenía la imaginación de aquella chica, en aquel momento de afecto mutuo, instintivo, lleno de emociones, en las formas sencillas de atraerse uno al otro, que jamás echaríamos en olvido. Días siguientes, una mañana, recibí una nota manuscrita en un sencillo papel, que me mandó Lili; en él me decía que el domingo siguiente podríamos salir juntos a ver portales a las 3 de la tarde.

Llegó el domingo y a la hora señalada, desde mi casa, con inquietud miraba hacia la puerta del señor Soto. De pronto se abre el portoncito del jardín por donde sale Lili, la mujer que me atraía. La ví salir y que se dirigía en sentido contrario de donde yo me encontraba, dándome a entender que su familia no debía enterarse de nuestra amistad. Por otra calle busqué el encuentro con ella. Ya juntos y llenos de emoción nos dirigimos a visitar hogares donde acostumbraban celebrar la natividad del Niño en un portal. En el trayecto conversábamos sobre la forma de mantener y estrechar aquella feliz amistad. Lili me informaba de la negativa actitud de sus padres para tener ella amistad con hombre alguno antes de cumplir los 21 años. Era tan bello el recorrido y, tratando de no despertar comentarios en los que nos miraban, decidimos entrar al templo y ver su portal. Frente a él apretándonos las manos uno al otro, Lili inclinaba su cabeza dirigiendo su mirada al Niño Jesús; dijo: nació en Nochebuena, y se puso a rezar. Mientras esto pasaba, dentro de un silencio que invadía la iglesia, algunas golondrinas que volaban me hacían pensar que a la par de ese nacimiento, nacía en nuestros corazones otra pasión. Orando con devoción estuvo Lili algunos minutos frente a las imágenes de aquella sagrada familia, solicitando bendición en nuestro destino. Terminando la oración, salimos del templo por la puerta de su costado norte; caminamos hasta el punto donde nos encontramos y tomándonos otra vez las manos, al transmitirnos nuestro calor, ligamos nuestros corazones para futuros encuentros. Así nos despedimos.

Pasó la Navidad y un año más. Pero en mi pensamiento quedó una inquietud, una necesidad más y pensaba en mis obligaciones con mis padres, que no podía abandonar; que el problema era de carácter económico, porque los salarios que ganábamos los zapateros no cubrían las más urgentes necesidades.

En el taller, en algunas ocasiones, cuando el patrón y su hijo Aquiles se ausentaban, los trabajadores abríamos discusión sobre el problema de la crisis, del alto precio de los artículos de primera necesidad y de que no se nos permitía pedir aumento; por el contrario, ya se habían rebajado los salarios. Nos preguntábamos qué hacer y por dónde empezar. A veces oíamos por el radio que instaló el patrón noticias de otros países de los movimientos de los trabajadores luchando por mejores salarios. Estas noticias, aunque esporádicas, nos iban despertando e interesando para dar una lucha sobre el mejoramiento de nuestras condiciones de vida y trabajo.

Dentro del taller se gestaba una lucha en la que me proponía jugar mi papel; fuera del taller la cosa era diferente. Del trabajo salía entre 5 y 6 de la tarde. Me iba a la casa a bañarme, comía y me arreglaba para dirigirme a algún sitio donde poder ver a la morena que me inspiraba. A veces lo lograba cuando ella salía de la casa a llevarle a una vecina algún plato con deliciosas comidas hechas por ella o por su madre. Siempre traté con mi gesto de darle ternura y de que no fuera sorprendida por sus padres conversando conmigo porque sería groseramente castigada. Aunque vivía en una esquina donde había alumbrado público, de noche el lugar era oscuro y nos protegía. El encuentro era de minutos.

Cuando no tenía oportunidad de verla visitaba algún centro, frecuentemente el Centro Obrero que se constituyó en años anteriores con objetivos de carácter mutual. En él se celebraban fiestas de cumpleaños, bailes, matrimonios, etc. Asimismo, participaba en actividades deportivas y con otros compañeros nos disponíamos a reactivar el Club F.C. "Football Club" de Grecia que se mantenía inactivo, sin equipo. El interés nacía en vista de que la mayoría de los jugadores eran zapateros que trabajaban en los distintos talleres de la ciudad.

El día 26 de enero de 1934 se conoció la noticia que los zapateros de San José se lanzaron a la huelga porque rechazaban un rebajo en sus salarios y como respuesta a esta

actitud patronal más bien exigían un aumento. Nosotros en el taller discutíamos el asunto y resolvimos convocar a zapateros de las otras zapaterías a una reunión que celebraríamos en la noche en la caballeriza del señor Sánchez. Todo se haría en la forma más discreta posible y se me encomendó realizar el trabajo. De 7 a 8 de la noche, con todas las precauciones del caso, en grupos de 2 y 3 personas entraban a la caballeriza. Alumbrados con velas discutimos el asunto y se resolvió enviar un saludo solidario y ayuda económica que fue recaudada. En este acto se nombró a la delegación que iría a San José, quedando integrada por mi persona y el alisador Beto Soto.

Al día siguiente casi de madrugada, con mi compañero Soto nos dirigimos hacia San José. Llegamos temprano y establecimos contacto con los huelguistas. Recorrimos la avenida central. Del Bar Chelles hasta la cantina El Cometa se encontraban las zapaterías Indiana, La Renaciente, El Record, La Cosmos, El Fenix y La Costarricense y por la iglesia de El Carmen; La zapatería Araujo, todas con numerosos personales. En las aceras, frente a cada una de estas zapaterías, se encontraban situadas las mesas y banquillos de cada uno de los zapateros en huelga; como protesta y como respuesta decisiva de los trabajadores para establecer, a partir de ese momento, un organismo que impediría que se descargara la crisis existente en las espaldas de los trabajadores y para luchar por mejorar sus condiciones de vida y trabajo.

En la tarde de ese día participamos en un desfile con carteles alusivos a las demandas planteadas por los zapateros; en la noche estuvimos en la asamblea que celebraron ellos en el salón Induni, 200 metros oeste de la Botica Victoria, avenida San Martín. En esta asamblea se constituía el Sindicato de Zapateros; conocimos a Rodolfo Guzmán, Víctor Mora, Emilio Moscoa y otros; entregamos nuestro mensaje de solidaridad, el cual fue recibido con un prolongado aplauso porque fortalecía el espíritu combativo. Me entusiasmó la intervención de Víctor Mora cuando dijo, y lo afirmó, que él fue el último en firmar el pliego de peticiones que se le entregó al patrono de La Renaciente, y que éste, al romperlo, partió su firma, pero que no sólo la firma daría por la lucha de la clase obrera, sino su vida si fuera necesario. Todos estos hechos que vivimos por momentos mi compañero Soto y yo fortalecían mis sentimientos de trabajador.

Al día siguiente, en la misma caballeriza, celebramos otra gran reunión de zapateros de Grecia, en la que rendimos un informe de los hechos ocurridos en las zapaterías de San José. Se consideró necesario estar atentos sobre el desarrollo de los acontecimientos de los zapateros de San José y solicitar a ellos información y orientación para crear la conciencia que necesitábamos.

Días después, en los comentarios que teníamos en el taller supimos del éxito de la huelga de los zapateros de San José, de la constitución del sindicato y la integración de su comité central y del trabajo que realizaban para consolidar su organización.

Estos acontecimientos eran para mí de gran importancia. Pero comprendí que no a todos los trabajadores les interesaban en la misma medida y analizaba las condiciones económicas de cada uno para darme la idea de su actitud. Sentía la necesidad de una explicación del problema.

Cuando salía del trabajo me dedicaba a otras actividades que me impulsaba mi condición de joven. Algunas noches visitaba el Club y con otros jóvenes leíamos revistas argentinas de fútbol.

Practicaba también el dibujo en un apartamento de la casa cural, concedido por el cura-párroco Jafet Jiménez. Era un conjunto de dibujantes. Lo integrábamos Laudencio Durán, Hernán Cruz, Carlos Picado y yo. En nuestros cambios de impresiones cada uno decía lo que quería expresar en su pintura, sus sentimientos y sus anhelos de lo que sería en su vida. Laudencio dibujaba en su tablero la imagen del Corazón de Jesús; Hernán realizaba una ampliación de una fotografía de Hermanitas, los hijos de Raúl Vega y a Joe Luis, boxeador que iniciaba su carrera; Picado pintaba la imagen de un ángel; yo dibujaba una pantera, pero debajo de esta tela, tenía otra en la que realizaba en momentos que no nos visitaba nadie de la curia una pintura: era una india al desnudo, entre ramajes secos, figurando la belleza de la nativa tica, la que lavaba en los ríos.

Un día fuimos sorprendidos por un joven sacerdote en un momento que yo tenía al descubierto la indita. Quise tapar la pintura, pero éste me lo impidió. Nos dijo; muy interesante este arte, esta pintura me trae recuerdos de la Virgen de los Angeles de Cartago. El joven sacerdote de apellido Sanabria, nos pregunta: ¿Ustedes creen en el hecho histórico de la aparición de la Virgen en Costa Rica? Contesté que a

pesar de lo creyentes que eran mis padres, quienes afirmaban que esa Virgen se movía y que su leyenda era cierta, yo no lo creía. Sanabria se sonrió y nos convocó a una reunión para la noche siguiente, a oír sobre sus experiencias filosóficas y la leyenda de la Virgen de los Angeles de Costa Rica. Este joven sacerdote, Victor Manuel Sanabria, recién llegado a Grecia, fungía como coadjutor en la parroquia.

La reunión fue muy interesante desde el punto de vista de los sacrificios que soportó este joven sacerdote, hijo de familia humilde de Cartago. Nos contó de su viaje a Europa, que trabajó en el barco que lo llevó y las experiencias que acumuló de los acontecimientos políticos y sociales que se daban en el Viejo Continente en esa época. Finalizó narrando una leyenda de la Virgen de los Angeles que consideraba verdadera.

Nos explicó que mucho después del descubrimiento del Continente de América, que estaba habitado por seres que se les llamó indios, los españoles vinieron a explotarlo. En nuestro territorio se posesionaron del Valle de Guarco en Cartago. En esta región los nativos tenían una sociedad formada, tenían sus dioses, sus ídolos. Vivían un comunismo primitivo; en su libertad incondicional no aceptaban subordinación. A los españoles les era difícil someterlos a trabajar bajo su explotación. Los sacerdotes españoles que se asentaron en el Guarco, pusieron en práctica métodos usados en el Viejo Continente para atraer a la juventud india, desviándolos de sus dioses, hacia la creencia espiritual y agruparlos alrededor de su imagen representada en una indita de piedra y así poderlos explotar. Forjaron de piedra la imagen de una nativa "INDIA"; luego fue puesta en la piedra que se encuentra en la fuente: era un breñal. Armonizaron diferentes ceremonias; la desaparecían, donde los indígenas acudían temerosos; lograron orientar gran parte a la creencia espiritual. Esta práctica duró mucho tiempo, luego levantaron un pequeño templo que, al transcurrir los años, fue transformado en lo que hoy es la Basílica, concluyó Sanabria. Esta narración refleja un hecho cierto, la lucha de clases: hombres que no quieren ser explotados por los hombres.

En otras ocasiones trataba de encontrarme con mi morena de ojos grandes y conversar con ella dentro o fuera del templo, aunque por un instante fuera. En una de estas visitas al templo me enteré que el sacerdote Jafet Jiménez se proponía crear un cuerpo de cadetes y que con este fin abriría la

inscripción de jóvenes para formarlos. Para recaudar los fondos que le permitieran financiar esta actividad, convocó al pueblo a un grandioso turno que se celebraría en las festividades de San Isidro Labrador.

El domingo que se celebraron estos festejos, a las 5 de la mañana, bombetas de doble trueno y alegres dianas los anunciaban. El pueblo de todos los distritos fue despertado y presurosamente se preparaban para asistir al turno y a la misa. De la Argentina, Puente de Piedra, Pilas Tacares, Santa Gertrudis, San Roque, Los Angeles y Sarchí, venían caravanas de carretas lindamente decoradas, repletas de productos de la tierra; otras venían con bellísimas campesinas, todo para la fiesta del Santo; mientras en el cielo azul estallaban en el aire los cohetes y las campanas del templo lanzando sonoros repiques.

El paso a paso de las yuntas de bueyes con sus carretas, al traquetear de las coyundas y al ruido de las ruedas se va formando un desfile que pasa frente a la iglesia. En su atrio de piedra, está el Santo Isidro Labrador mirando la montaña y el sacerdote, carreta que se ve pasar agua bendita le ha de lanzar. Entre éstas pasa una muy bien adornada, bueyes con cachos emperillados y billetes en cada uno; con el chuzo los va llamando una alegre campesina, de tez morena y rosada: es Lili mi morena adorada, que al cruzarnos la mirada hace cacarear las bocinas de su carreta cargada. En el parque, frente a la iglesia y en su atrio, el pueblo se agrupa, la cimarrona toca alegremente, las señoritas vestidas de lindos colores transforman el lugar en un inmenso campo de flores. Fui de los primeros en enlistarme. Pero no sólo eso, sino que me ofrecí y asimismo a mi padre, para hacer los uniformes. El sacerdote estuvo de acuerdo y pocos días después estaba integrado el cuerpo de cadetes. En la medida que el sacerdote informaba al pueblo en los rosarios, misas y por otros medios de su propósito, el pueblo ayudaba económicamente. A mi casa llegaban los jóvenes a tomarse las medidas para la hechura de sus vestidos de cadete. Mi padre y yo trabajábamos en la hechura; yo solamente de noche y domingos. Algunas de estas noches en que Lili lograba salir de su casa por un momento, se dirigía a la mía, entraba por un momento y, con aquella humildad pero inquieta como ella sola, revisaba y admiraba la combinación de los colores y el trabajo de los uniformes para los cadetes. Era saco blanco con charreteras y solapas verdes,

pantalón blanco con franja verde de la cintura al ruedo por los lados de afuera. Eran minutos los que estaba y yo la veía maravillosa y que ya era parte de mi vida.

Gran número de jóvenes de diferentes oficios se enlistaron. El Gobernador de la provincia de Alajuela cooperó, enviando un Coronel, a dar las instrucciones más precisas para la formación del cuerpo de cadetes, y los fusiles, incluyendo sus bayonetas. Dos días por semana y dos horas en la tarde de esos días se nos daban las instrucciones y las prácticas, la disciplina era militar, los movimientos de presentar armas y marchar con ellas se hacían por medio de toques de corneta.

El anhelo del cura párroco fue cumplido, y lleno de entusiasmo anunció que el primer domingo de julio se efectuaría la primera parada militar del cuerpo de cadetes, debidamente uniformados y con sus armas; luego un desfile y misa de tropa.

Los jóvenes que integrábamos este cuerpo nos encontrábamos muy animados por la forma tan fraternal que nos trataba el cura Jafet y como él sentíamos gran entusiasmo. Por mi parte me sentía orgulloso porque era la primera vez que luciría un vestido entero, aunque fuera de este tipo, ante la mujer que ya sentía querer. Ella, a pesar de que los padres se lo impedían, varias veces se presentó a observar nuestros ejercicios; entendía perfectamente el significado de cada toque de corneta y los golpes del tambor. Al conjunto filarmónico municipal se le impartían todas las instrucciones que recibía el cuerpo de cadetes, y se le proveyó de sus uniformes. Todo el pueblo de Grecia se manifestaba de acuerdo con los propósitos del cura. En todo lugar se oía hablar de los cadetes: en las casas, en el comercio, en los centros de trabajo. En el taller ese era el punto de conversación en vista de que un 50% de los zapateros estaban formando este cuerpo y el de la filarmonía. Este hecho no nos permitía analizar en forma consciente la delicada situación, que no dejaba de ser crítica.

Llegó julio y su primer domingo. A las 5 de la mañana bombetas de doble trueno despertaron al pueblo; seguidamente se oía alegre diana. Al baño y a prepararse afinando el oído y estar atento al toque de la corneta. A las 7 de la mañana se oye el toque de corneta llamándonos a filas. Ya en filas, en posición de descanso y con las armas en la mano, se nos alertó de los movimientos que íbamos a realizar. Estamos

para desearnos un feliz viaje. En esta caravana, en los vehículos de adelante iban la filarmonía y los cadetes, detrás la gente que acompañaba.

En Cartago, frente a la Basílica de la Virgen de Los Angeles, en la calle, los cadetes realizábamos maniobras de carácter militar, bajo la dirección del Coronel Leitón, en homenaje a la Negrita de Los Angeles; luego, en filas de cuatro en fondo, y con las armas al hombro entramos a la Basílica a la misa de tropa.

Una hora después regresábamos con la nueva imagen que dejaríamos en la Parroquia de Alajuela. Realizamos una ligera marcha y colocamos la imagen en un altar, hasta el próximo domingo que se le dedicaría misa. Hecho esto se continuó hasta Grecia.

Pasó la semana siguiente. El domingo a la hora señalada se oye el clarín y minutos después estamos en formación de cuatro filas, listos para abordar los vehículos que nos trasladarían a la ciudad de Alajuela. El pueblo de Grecia nuevamente se congregó frente a la iglesia para despedirnos alegremente. En estas despedidas no pude ver a mi Lili. Con ella me veía en la entrada de la iglesia, en algunos rosarios, cuando venía con doña Cata y me explicaba con tristeza que no se le permitía salir a verme.

Llegamos a la ciudad de Alajuela. En el parque y frente a la iglesia se había congregado la gente con el Gobernador y el Obispo, recibiéndonos calurosamente frente al cuartel. La trompeta llama a formación. En medio de aplausos la tropa realiza sus maniobras; damos una vuelta marchando alrededor del parque y seguidamente entramos a la misa de tropa, que se efectuaría en esta Parroquia. Terminó la misa. Regresamos a Grecia y en formación los cadetes dejamos colocada la imagen de la Virgen de Los Angeles en el altar mayor.

El día 2 de agosto a las 5 de la mañana, atronadoras bombetas y alegre diana anuncian la festividad de la Virgen. Todas las casas están adornadas con banderitas tricolor. Las altas torres del templo, que se profundizan en el espacio azul, echaban al vuelo los repiques sonoros de las campanas, despertando a todo el pueblo. Siendo las 8 de la mañana estamos los cadetes en formación frente al edificio municipal, iniciando el desfile hacia la iglesia. El pueblo estaba allí en el parque y frente a la iglesia. Con un bellissimo paso doble que ejecutó la filarmonía, dio arranque el desfile de la

tropa. Entre la gente que por las aceras acompañaba a los cadetes, se destacaban el rostro y la sonrisa de mi morena, vestida de blanco y confitillo de motitas tintas. Ya frente al templo realizamos una serie de maniobras. Elegantemente se veía la tropa con su uniforme y kepis blanco y adornos de verde. El pueblo entusiastamente nos aplaude al entrar a la iglesia. El cura Jafet realiza una corta ceremonia. Luego se sale con la imagen de la Virgen y en romería la llevamos hasta el distrito Los Angeles, donde quedaría para siempre, después de que participamos en la última misa de tropa. Días después el Gobernador recogió las armas, y en los que fuimos cadetes, el sacerdote y el pueblo de esa época, sólo quedó la imagen y este recuerdo.

En la zapatería los trabajadores hacíamos comentarios. Considerábamos que nuestra actividad fue noticia de importancia nacional, que no sólo nos dejaba gratos recuerdos sino una magnífica experiencia.

El día 10 nos llega la noticia que cerca de 10.000 trabajadores bananeros de la Zona Atlántica están en huelga. Exigían a la United Fruit Company mejoras en sus condiciones de vida y de trabajo. Nosotros, los zapateros de La Norma, que era financiada por esta compañía, también éramos víctima de esa explotación a través del contrato que le impuso. Sabíamos que en esa zona la Yunai mantenía a sus trabajadores viviendo en pocilgas y que no conocían los servicios higiénicos. No se conocían servicios médicos de ninguna clase y los trabajadores tenían que comprar de su propia bolsa hasta las ínfimas pastillas de quinina que necesitaban para aliviarse del paludismo. Los obligaban a veces a efectuar la corta del banano enfermos y bajo furiosos temporales y a hacer el acarreo hasta de noche alumbrándose con lámparas de canfín.

Sabíamos que los trabajadores bananeros, desde 1932, venían manifestando su inconformidad, planteada ante el Congreso Constitucional; éste envió una comisión investigadora de las quejas a la zona Atlántica, y cuando regresó de la zona alarmado dijeron: que los bananeros vivían en condiciones peores a las que vivían los indígenas cuando Colón descubrió América y llegó a Costa Rica.

Decían, muchos tienen sarna, duermen en camastros de Chonta, padecen enfermedades venéreas y paludismo, viven semidesnudos, sin atención médica.

Los salarios eran muy bajos, de ¢2.50 a ¢3.00 colones diarios, por jornadas extensas, agotadoras, y no se les pagaba

con dinero efectivo, sino con cartones, los cuales solamente en los comisariatos de la Yunai se podían cambiar por mercaderías de la calidad que se les antojaba y a los precios más escandalosos.

En la medida que pasaban los días obteníamos más información del desarrollo de la huelga; estábamos enterados de que la dirigía Carlos Luis Fallas, participando a veces con él Rodolfo Guzmán. A pesar de mi juventud le ponía mucho interés a los sucesos de la Zona Atlántica. Traté, hasta donde me era posible, de insistir en manifestarnos en apoyo a los trabajadores en huelga. Cuando nos enteramos de que todos los periódicos desataban una violenta campaña de difamación contra los huelguistas, diciendo que esos trabajadores vivían bien y ganaban bien y pidiendo al gobierno de Don Ricardo Jiménez poner fin a esos turbios y criminales manejos de comunistas por medio del envío de centenares de policías armados a la orden del Coronel Gallegos, los zapateros de Grecia decidimos enviar un mensaje de apoyo y solidaridad.

Fueron más de quince negros días de violencia y terror. Crepitaron los fusiles y ametralladoras al mando del Coronel Gallegos. Pero no se pudo vencer el indomable espíritu combativo de los trabajadores bananeros, más bien lo templó para siempre; ganaron la huelga y crearon su organización sindical, como los zapateros de San José.

La vida en las bananeras, antes de 1934, era un horrible infierno comparada con la vida que hoy hacen los trabajadores bananeros en esas mismas bananeras.

Pensé en que los zapateros de Grecia, además de que estábamos soportando la aguda crisis, teníamos otros problemas en el trabajo. No contábamos con protección a nuestra salud y a nuestros derechos y pensaba que algo se podía hacer, aprovechando el despertar que se operaba en nosotros. Pero entendía que hablar de sindicato podía ser un despido inmediato. Sabía también que el partido político constituido en San José con el nombre de Bloque de Obreros y Campesinos, había elegido dos diputados; uno era zapatero. Varios de mis compañeros sentían simpatía por la labor que realizaba en beneficio de los trabajadores. Así que consideré necesario hablar con cada uno, dedicando el tiempo necesario. Realizaba estas gestiones en forma muy discreta, utilizando las prácticas de fútbol que efectuábamos por las tardes.

En las noches, cuando me era posible ver a Lili, conversaba con ella. Muchas noches nos vimos obligados a fijar distintos sitios de encuentro por la negativa de su padre a nuestras relaciones. Cada vez que nos podíamos encontrar era emocionante. Algunas veces bajo la lluvia, yo esperaba en la esquina a 100 metros de su casa. En el suelo con la lluvia y el alumbrado se formaban millones de perlititas dejando una bellísima alfombra por donde venía mi morena. Una feroz pasión se desarrollaba entre nosotros, que su padre trataba de impedir.

Resolvió separarla de mi enviándola donde una familia de confianza en otro lugar. Días después recibo de Lili una nota diciéndome el lugar donde estaba y la hora en que podíamos vernos. Puente de Piedra era el lugar. Varias veces estuvimos juntos en ese puente y en algunas otras en que vino a misa los domingos, fui con ella hasta este lugar. La forma en que se efectuaban nuestras relaciones nos llevó a hacerlas muy íntimas, de modo que yo adquiría gran responsabilidad. De este Puente, cuentan fantásticas leyendas, dicen que fue construido mediante un pacto con el Diablo. Agregan que por ese camino en época lejana, el paso por el río en tiempo lluvioso, fue peligroso, para carreteros, caballeros y la gente, se hacía necesario construir un puente.

De noche el paso era de espanto, ranas ocultas sonaban, grillos rascando sus cuerdas, los culleos en sus brincoteos, vientos sacudiendo los árboles y produciendo quejumbrosos ruidos, los gallos con cantos entrecortados, alertando al vecindario, poniéndolo a rezar el Rosario.

Una tarde neblinosa ya al anochecer y sin luna, aparece en el vecindario, un pícaro muchacho, pretendiendo tener poderes para conquistar las mujeres. Dijo ser valiente, no le teme al Cadejos, invocará a Satanás, y con El construir el Puente.

Bajo aquel manto neblinoso, con cierto recelillo, alguna gente se acercó, de pronto una claridad, son relámpagos dejando fogonazos y entre ello el Diablo apareció. La gente alarmada se volteó y agua a los caites le dio.

Satanás y el valiente un pacto establecieron, para construir esa noche, el puente que necesitaba la gente.

El pacto consistió, si el pícaro al amanecer, antes de que cante el gallo, el Puente ha terminado, contará con todo su poder, si no, su alma el Diablo se la ha llevado.

Presuroso el valiente uniendo piedra con piedra, va a colocar la última es el amanecer, el gallo cantó, a Dios gracias dio, el Diablo pereció, el puente se construyó y un hueco le quedó.

En este Puente está escrito mi nombre y el de Lili cuando ella por orden de su padre vivió cerca de aquí. Para los dos era una pena compartida, que se convirtió en un idilio, en aquella época que la conocí.

Pasaban las semanas, y ya no sólo en la zapatería se hablaba, aunque discretamente, de llevar a cabo un movimiento para lograr un aumento de un 10% de los salarios y que la caja de ahorro pasara a ser administrada por los trabajadores, sino de que el movimiento abarcara las otras zapaterías.

Creamos una comisión integrada por Beto Soto, Eduardo Hernández, Abel Vega y yo, y nos dimos a la tarea de preparar la acción. Solicitamos al sindicato de zapateros de San José que nos enviara a un delegado para que nos orientara, y días después, en la caballeriza, celebramos una magnífica reunión con el delegado de San José, Rodolfo Guzmán. Este nos explicó de sus experiencias en su visita a la Unión Soviética y cómo podíamos desarrollar nuestra lucha, ofreciendo que tendríamos apoyo de los trabajadores organizados de San José y la Zona Atlántica.

Estudiamos las condiciones y considerando que siempre en diciembre era cuando había más demanda de calzado, noviembre sería el mes indicado para plantear a los patronos nuestras demandas. Así fue. Elaboramos nuestro pliego de demandas y lo presentamos el primero de noviembre. Distribuimos en el pueblo un volante indicando lo que ganábamos y lo que pedíamos como aumento en nuestro salario y por qué exigíamos que lo que ahorrábamos para protegernos en caso de enfermedad, fuera administrado por los trabajadores. Lo que pretendíamos era obtener el apoyo del pueblo.

Los patronos se negaron a discutir nuestras demandas y los zapateros decretamos la huelga. La comisión que se integró pasó a ser el comité de huelga, siendo afectados cuatro talleres: La Norma y las zapaterías Cruz, Villegas y Jano.

El comité de huelga decide integrar comités de vigilancia para cada taller, a fin de impedir la entrada de rompehuelgas, y alquilar un local para reuniones; desde allí se giraban las instrucciones. Se comunicó al sindicato de zapateros de San José nuestro estado de huelga. Pasaron los primeros

ocho días de huelga. Un caso de rompehuelga se presentó y que fue resuelto, no afectó; un joven hijo del administrador de la planta eléctrica, influenciado por éste y el patrón Umaña, pretendía romperla.

En vista de que la mayoría de los zapateros habíamos sido trabajadores de la caña, recurrimos a los trabajadores de los cañaverales para que nos apoyaran y de ellos recibimos ayuda económica. Todos los días nos reuníamos en el local. En una reunión presenté la idea de que la filarmonía, integrada por zapateros, podía iniciar la celebración de retretas los días jueves y durante el tiempo que durara la huelga, a fin de recaudar fondos. La idea fue acogida y puesta en ejecución, con buenos resultados. Del Sindicato de Zapateros de San José, de los bananeros, del Bloque de Obreros y Campesinos, recibimos ayuda, que era distribuida diariamente a los 135 zapateros en huelga.

Las semanas pasaban y los patronos al considerar nuestra firme actitud, pidieron al Gobernador de la provincia reprimir nuestro movimiento, porque era influenciado por los comunistas. En la primera semana de diciembre estábamos celebrando en nuestro local una numerosa asamblea, cuando se presentó el resguardo fiscal de Alajuela. Hizo unos disparos al aire y luego con crucetas en mano pretendió hacernos desalojar el local. En este enfrentamiento resultó herido el zapatero Juan José Solano y el policía Lioncio Miranda, en un talón. Frente a esta situación el jefe político, para evitar más violencia, llamó las partes a discutir el pliego de peticiones. Se logró un aumento en los salarios de un 5%, que la caja de ayuda mutua pasara a ser administrada por los trabajadores y dejar sin efectividad el contrato con la Yunai en lo referente a obligaciones de los trabajadores. Firmado así por las partes se levantó la huelga. El trabajo en ese mes fue intenso, pero con cierta tensión.

Por aparte mis relaciones con Lili se tornaban difíciles y problemáticas porque su padre me amenazaba. Una noche se me atravesó en mi camino, agrediéndome violentamente, hiriéndome una pierna, como medida para obligarme a que terminara las relaciones con ella. Días después al no alcanzar su propósito, la amenazaba con internarla en un convento, costara lo que costara. Don Juan no comprendía nuestro cariño ni mi situación económica. Finalmente Lili resolvió irse a mi lado. La llevé a una casa de confianza mientras podía normalizar nuestro futuro. Pero el señor Soto no dio

tiempo, se la llevó y la internó por tiempo indefinido en el convento situado en Guadalupe bajo la administración de Monjas y dirigido por la Madre San Agustín. Las veces que visité este convento no se me permitía ni ver a Lili, porque así lo ordenó su padre.

En enero de 1935 el patrón señor Umaña procede a despedirnos. Beto Soto, Eduardo Hernández y yo éramos un peligro para sus intereses, según él, y más porque detenía la creación del sindicato creando temor en los trabajadores.

Un mes después conseguí trabajo en la zapatería de Paco Cruz. La situación de los zapateros había mejorado, más para los de este taller por ser el que mejor salario pagaba. Estaba considerado como el de mejor trabajo fino y elegante.

Yo comprendía que por nuestra inexperiencia, al éxito de nuestra lucha le faltó lo fundamental: la creación del sindicato. Pero para crearlo, el trabajo había que realizarlo conjuntamente con compañeros, tales como Jorge Vega, Beto Soto, Abel y Edgar Vega, en forma clandestina, porque existía la amenaza de despido. Tendríamos que utilizar todos los lugares o centros que frecuentaran los zapateros. Así dispusimos hacerlo.

Los meses pasaban y en algunas fiestas sociales, juegos deportivos y bailes en el club nos encontrábamos. De mucho me servían estos contactos porque tranquilizaban mis sentimientos de la falta de Lili. En esta actividad conocía señoritas, unas morenas, ojos negros, cabello castaño; otras rubias, ojos azules o claros. Con ellas mantenía amistad y esto inevitablemente iba creando en mí mente una imagen de una mujer a la par de la que ya existía.

Al finalizar el año se inició la campaña política electoral de plaza pública. Los candidatos presidenciales eran León Cortés y Octavio Beeche. Participaba ya a nivel nacional el Partido Bloque de Obreros y Campesinos.

En enero de 1936 los que estábamos interesados en la organización de los zapateros, ampliamos nuestra acción para integrarnos a las actividades del Bloque de Obreros y Campesinos. Consideramos necesario que el pueblo de Grecia oyera los propósitos de este Partido a través de la palabra de Manuel Mora. Preparamos su visita y se me encargó pintar unos carteles para recibirlo y desfilar con Manuel el domingo que vendría. Pinté los carteles; con sus letreros; manifestábamos lo que el pueblo quería que se nos resolviera. En uno

pinté un gamonal o terrateniente gordo, sonriente y bigotudo, montado en su buen caballo, látigo en mano, frente a un peón, flaco y con la faja socada hasta su último hueco. El recibimiento de Manuel fue entusiasta, pero fui detenido por las autoridades por haber pintado realidades.

En febrero, el día de las elecciones actué como fiscal de este partido en una mesa receptora de votos ubicada en la escuela de Tacares de Grecia, defendía los intereses de mi clase.

En el campo deportivo también tenía mi quehacer. En el equipo de fútbol actuaba como "jap" izquierdo, hoy "volante". Edgar Vega, "centro jap", Heriberto, mi hermano, "fovar izquierdo" y yo integrábamos el "ala izquierda", rápida y efectiva, del equipo. Se me eligió como presidente del Club F.C. y conjuntamente con Allen Rigioni, joven muy entusiasta, de iniciativa, fui encargado de desarrollar el equipo. Nos propusimos promover un campeonato provincial. A través de correspondencia con directivas de Clubes de los otros cantones se inició su preparación; asimismo, se realizaban encuentros amistosos. A mí siempre me inspiró la alegría del contacto con el pueblo.

En agosto con motivo de celebrarse en Villa Quesada "San Carlos" un gran turno con el objeto de recaudar fondos para la construcción de la nueva iglesia, se nos invitó a efectuar dos encuentros deportivos con equipos del lugar. Llegamos a Villa Quesada, siendo bien atendidos por el Doctor Alfaro, dirigente del deporte sancarleño y por el pueblo. El día sábado 15 jugamos el primer partido; la plaza estaba llena de gente por sus cuatro costados, entusiasmando a su equipo, el que se crecía en cada jugada. El juego era reñido; nosotros, a pesar de que queríamos mantener energías para el juego del día siguiente, tuvimos que darlo todo. En un momento en que yo corría con la pelota por la orilla de la cancha, logro ver a tres señoritas que, montadas a caballo, se acercaban a la plaza. Pasé por la pelota y dirigiendo la mirada hacia ellas observé a la del centro, el viento jugaba con su cabello rubio, era blanca y pecosa, como la imagen que se formaba en mi mente: un éxtasis y continué. Perdimos por 2 tantos contra 1. Por la noche se nos ofreció un baile. En él esperaba encontrar a aquella señorita. Algunas personas a quienes pregunté me indicaron que no asistía a bailes, pero que sabía bailar. Salí del salón y la encontré. Me fue presentada por uno de los jugadores del

lugar. Al conversar con ella me manifestó que bailaba poco, por lo que no me acompañaría, pero que en el juego del día siguiente estaría presente. Le ofrecí en su honor meter un gol en ese partido.

Al día siguiente nuevamente la plaza estaba llena. Entre la gente se encuentran las tres señoritas que cabalgaban el día anterior. Sonó el silbato y se inició el encuentro. Fue reñido, pero en una jugada, iniciada por Edgar y mi hermano, me adelanté logrando anotar el gol de mi esperanza. Llegamos al final y aquel tanto fue nuestro triunfo. A cada jugador se nos dio una medalla. Después de habernos bañado y cambiado de ropa, al encontrarme con la señorita, en su pecho se colocó la medalla. Ella me comunicó que venía para Grecia donde pasaría una temporada en casa de familiares. Teresa Rojas era el nombre de aquella joven rubia que cabalgaba.

Regresamos, al día siguiente había que trabajar y continuar en nuestra actividad diaria. Al terminar el año ya se daban las condiciones para crear nuestra organización sindical. En una reunión de la directiva del Club F.C., en mi condición de presidente, planteé que el equipo de fútbol estaba integrado por zapateros y que todos o la mayoría de los socios lo eran; por lo que solicitaba que se le facilitaran los salones a estos obreros para sus fiestas sociales y las asambleas de su organización. El acuerdo fue tomado y se notificó al comité organizativo del sindicato.

Asimismo, se discutían los planes para el campeonato que se iniciaría en noviembre, continuando en diciembre y terminando en enero de 1937. Se notificó a la Liga Deportiva Alajuelense, en vista de su interés por el desarrollo de jugadores, y se le solicitó al negro Buroy como entrenador de nuestro equipo.

En diciembre, a media jornada del campeonato en que participábamos cada domingo, San Ramón, Palmares, San Mateo, Atenas y nosotros, llega a Grecia Teresa. Al saberlo trato de verla. La busqué donde sus familiares y el día 1 de enero de 1937 nos encontramos de nuevo. Sé ya donde está. Agradable fue ese día y fijamos días y horas para vernos.

Pasaban los días, en febrero en el Club se celebra la asamblea de los zapateros, se elige el comité y quedo como Secretario General del Sindicato. En esa asamblea participa Víctor Mora Mora como delegado del sindicato de zapateros de San José; él levantó el acta constitutiva y clausuró el acto con su magnífica intervención.

El campeonato había terminado y habíamos quedado en primer lugar, frente a Atenas que quedó en segundo. Pero Atenas presentó ante la liga un alegato en cuanto a un tanto que consideró ejecutado fuera de juego. El asunto se discutía y hasta que no fuera resuelto se jugaría de nuevo o se nos daba el trofeo. Mientras esto pasaba yo estrechaba mis nuevas relaciones con Tere, la joven pecosa de vello brillante como el azúcar, sencilla y campesina. También con ella podía pasear aprovechando el verano; en una ocasión fuimos a Ojo de Agua. Una noche en que estábamos sentados en una banquetilla del parque, vimos venir del Club F.C. un grupo de muchachos que se dirigían a nosotros. Cuando llegaron nos abrazaron y nos enseñaron la copa del triunfo, como campeones que éramos ya de los cantones de la provincia. La copa estaba llena de licor y tocaba a nosotros darle el primer beso, para luego trasladarnos al salón a bailar con la Orquesta Lubin Barahona. Mi vida tomaba un nuevo rumbo.

La organización sindical inició sus luchas. Una de ellas fue apoyar la lucha que desde San José iniciaron los trabajadores frente al nuevo gobierno del Presidente León Cortés, para que frenara la especulación y fijara los precios de los artículos básicos y de primera necesidad. Asimismo, nosotros luchamos porque en cada taller se mejoraran las condiciones de trabajo.

En mi hogar la situación tendía a mejorar porque mis hermanos Heriberto y Victoria trabajaban, ayudando a mis padres económicamente en los gastos del hogar. Yo consideraba que ya podía formar mi hogar y pensaba en Lilí. Pero sabía que ella no saldría del convento sin el consentimiento de sus padres y que era inútil esperar. Resolví poner en conocimiento de mis padres la decisión que tomé. Así lo hice y ellos me pidieron presentarles a la joven novia. Días después, un domingo por la mañana fue recibida en mi casa por mi hermana y mis padres. Mi madre y mi hermana la abrazaron, mi padre le estrechó la mano y después de haberle contado la simpatía que sentía, dirigiéndose a mí, dijo: comprendo bien su decisión.

Teresa era huérfana de madre; cuando ella nació murió su madre. Fue criada por una hermana en Aguas Zarcas de San Carlos. Su padre, Don Jesús Rojas, tiempo después se casó por segunda vez; vivía en ese lugar donde tenía una finca. El le escribió a Teresa, diciéndole que la temporada de

su paseo estaba cumplida, que sabía de las relaciones que mantenía conmigo, que aún cuando no me conocía tenía informes de mis tendencias políticas, opuestas a los intereses de la mayoría de la familia Rojas, y le indicaba regresar y prescindir de las relaciones conmigo.

En abril en que se celebraba la Semana Santa, yo estrenaría un vestido entero de color azul marino, por el que había pagado ₡90, a ₡2.00 por semana, donde Ramírez Valido y lo estrené el día jueves. En una de las procesiones en la que me encontré con Teresa, me comunicó que le contestó a su padre diciéndole que no regresaría porque había aceptado mi ofrecimiento. Solicitándole su consentimiento, el matrimonio se efectuaría el 23 de agosto.

A fines de este mes convoqué a los zapateros a Asamblea en el Club F.C. para tratar sobre el desfile de trabajadores el día 1 de mayo que se celebraría en San José. En esta asamblea participaron los delegados del sindicato de San José, Rafael Arias y Víctor Cordero quien era el Secretario General.

La vida para mí era tensa; tenía por una parte la delicada responsabilidad de dirigir el organismo de lucha creado por los obreros zapateros de esta ciudad y, por otra, mi necesidad de formar un hogar.

Con todos mis compañeros conversaba sobre el asunto. Ellos recibían con afecto nuestra decisión; tanto en la zapatería como en el Club nos demostraban gran simpatía, a pesar de ser los dos de familias humildes y de escasos recursos económicos.

El tiempo pasó. El día 21 de agosto los zapateros nos ofrecen una cena. El domingo 22 las señoritas le dedicaron a Teresa la despedida con música en el Centro Obrero; además recibimos muchos obsequios de las personas que en esta forma nos manifestaban su simpatía.

El 23 de agosto contraje matrimonio con dicha joven. Fue un día inolvidable. Siendo las 6 de la mañana me presenté con mis hermanas a la residencia de Teresa. Estrené vestido entero camisa blanca y lazo negro. Me sentía emocionado, pero nervioso. En la casa ya se encontraban muchas personas que nos acompañarían y varias parejas que nos apadrinarían. No me permitieron ver a Tere, cariñosamente le decían así familiares y amigas; porque el novio no debe ver a la novia cuando la arreglan para ir al altar. Minutos después, en la acera de la casa se fue formando una fila de parejas de

padrinos, que se dirigió al templo que estaba a setenta y cinco metros. Me tocó ir adelante con mi padre y atrás Tere, acompañada por el señor de la casa, don Ernesto Vega. No me fue permitido verla. Nos dirigimos a la iglesia. Entramos y un silencio nos invadió hasta llegar frente al altar mayor, donde segundos después el don Ernesto me entregó a Tere. Lucía un vestido blanco, largo, que arrastraba una hermosa cola; cubría su cabellera rubia con un velo blanco, prensado con corona.

Qué emoción sentimos: encontrar a la mujer con la que tendría una unión profunda y permanente hasta el último día de nuestra existencia; por su parte, Teresa quería a su lado a un hombre honrado, seguro y protector. Las miradas que me lanzaba eran llenas de ternura. Nos arrodillamos frente al altar a oír al sacerdote Jafet celebrar la misa y la ceremonia de nuestro matrimonio y contestamos sus preguntas con decisión. Dentro del templo se encontraba numeroso acompañamiento. Frente a nuestro reclinatorio fueron encendidas dos velas, una para cada uno. Durante los ejercicios del sacerdote, Teresa, nerviosa me indica lo que sucede: su vela se apaga, el sacristán la enciende, minutos después se apaga de nuevo. Yo, ya preocupado porque Teresa me dice que son indicios de que ella morirá primero, la enciendo. El matrimonio se efectuó; coloqué el anillo a mi esposa y la misa terminó. Los asistentes nos rodean con bendiciones y mis padres con abrazos y besos que nos llenaban de una alegría dentro de nuestros corazones. Pero aparejada a esta hermosa alegría existía una vela apagada que no podíamos descifrar. Salimos del templo y nos dirigimos al Centro Obrero donde compartiríamos con padrinos y acompañantes el queque, un café y alegre baile, amenizado por la Orquesta Lubin Barahona. Se prolongó hasta las 12 del mediodía.

Para vivir alquilé una casa de piso de suelo. En ella nos reuníamos los dirigentes sindicales cada ocho días, para tratar los problemas de los trabajadores y algunos asuntos locales.

En marzo de 1938 conocimos, en reunión de junta directiva del sindicato, que el contrato de explotación del alumbrado eléctrico tenía ya cuatro años de vencimiento y que el contratista, el señor Ulloa, continuaba su explotación. Esto violaba lo contratado porque estaba estipulado que al vencimiento de dicho contrato la planta que generaba la electricidad, sus instalaciones, redes de distribución, etc.

pasarían a ser del pueblo, municipales. Discutido ese asunto, se acordó plantear ante la municipalidad actual la ejecución de dicho contrato. En esta lucha el sindicato logró la municipalización del alumbrado eléctrico. Este hecho se publicó en el Diario de Costa Rica. En agosto los trabajadores de la zapatería Cruz planteamos un aumento en el zapato cosido de varón en el contorno trasero; el aumento se conquistó, pero el patrono me despidió.

Días después me trasladé a San José. Conseguí trabajo en la zapatería de los hermanos Araujo. Hacían un trabajo fino y fuerte; el calzado Araujo tenía mucho prestigio en San José por su construcción. En este taller fui bien recibido por los zapateros. Todos ellos militaban en el sindicato y tenían referencias de mi persona. Además, para identificarme presenté mi carnet de la organización de mi pueblo, en vista de que para poder trabajar en este taller se necesitaba la aprobación del comité sindical del taller. Al transcurrir el tiempo paso a ser militante del sindicato de zapateros de San José. Los trabajadores de este taller me eligen en su comité en la Secretaría de Organización. Me correspondió por varios años dirigir este comité de base, resolver todos aquellos problemas laborales frente al patrono, y a fin de lograr mantener la organización, participar y hacer participar a los trabajadores en las asambleas del sindicato, desfiles del 1 de mayo, etc. Asimismo, tenía que estar atento a que recaudaran la cuota mutual en caso de deceso de un zapatero afiliado.

En 1941 nace mi primer hijo Juan Rafael. Florece mi hogar con un pequeño ser; soñamos con que él disfrute de las alegrías de la vida; sabemos que la felicidad de los niños es de acuerdo a la justicia social del régimen.

En este mismo año Hitler hizo estallar la Segunda Guerra Mundial. La situación económica se agravó aún más con motivo de la guerra. Gobernaba el Doctor Calderón Guardia, quien se alineó con las potencias aliadas, pero venía gobernando en favor de los capitalistas. Frente a estas situaciones nos corresponde a los trabajadores asumir nuestro papel histórico. Participé en todas las luchas que condujeron a la conquista de la reforma de nuestra Constitución Política para introducir en ella un capítulo de derechos de la clase obrera. El capítulo de las Garantías Sociales que cristalizó con la promulgación del Código de Trabajo y los Seguros Sociales.

En 1943 se prepara el primer Congreso Sindical. La asamblea del Sindicato de Zapateros me designa como

delegado efectivo para que participe en este congreso que se celebró en el estadio Mendoza y en el que se constituyó la C.T.C.R. El Código de Trabajo reglamentó el derecho de sindicalización y rompió todas las tradiciones que existían en materia de relaciones obrero-patronales, por primera vez en la historia de Costa Rica. En diciembre de ese año, el gobierno del Doctor Calderón Guardia decretó un aumento de salario en todas las ramas de la producción y el nivelamiento de salarios. Al negarse la clase patronal a cumplir el decreto, nuestra central CTCR llamó a la huelga. Me toca en nuestro sindicato participar en los comités de vigilancia. La huelga duró pocos días porque el gobierno abligó a la patronal a respetar el decreto. Por otra parte, participaba con mi partido político Vanguardia Popular en la lucha electoral que se daba por alcanzar la presidencia de la República, entre los candidatos, Teodoro Picado y León Cortés. Conocíamos a los dos candidatos, pero sabíamos que León Cortés agrupaba a todas las fuerzas enemigas de la legislación social. Esta campaña electoral adquirió una gran violencia. En febrero del año 1944 participo en una mesa electoral receptora de votos como miembro de mi partido. Fue electo Teodoro Picado.

El 1 de noviembre de este mismo año de 1944 nace en mi hogar el segundo hijo, Orlando. Nuestra situación económica, como la de mis padres, era mejor. Contábamos con más protección en lo referente a salarios, atención médica y la estabilidad en el trabajo. Para despedirlo a uno tenía que existir causa justa. Mi esposa vivía con más alegría. Era inteligente, me apoyaba en mi forma de ser; estaba dispuesta a todo sacrificio si éste lo hacíamos en beneficio de nuestra noble causa.

En los años siguientes, bajo la presidencia de Don Teodoro Picado, se desató la persecución sindical por parte de la patronal, tratando de dividir al movimiento obrero. En 1945 crearon con ese fin la Central "Rerum Novarum". Me toca participar en una intensiva campaña de orientación, divulgada por la CTCR, que se explicaba en las asambleas de los sindicatos para hacer frente a esta política patronal.

Yo vivía en la Pitahaya. Los domingos me iba con mi esposa a la Sabana. Ella preparaba un almuerzo a la costumbre campesina: frijoles molidos con cebolla, pedacitos de chicharrón, tortas de huevo; todo en gallos con tortillas, hechas por ella.

En setiembre de 1946 nace el tercer hijo, Olman. Es fogoso desde su primer día. Esto, además de elevar nuestro espíritu de alegría, nos indica la importancia de nuestra participación en la lucha de los trabajadores por mantener la gran conquista de la Legislación Social y mantenerla, en vista de que está siendo amenazada.

En diciembre, mi patrono Luis Araujo, siguiendo la política patronal con fines de destruir el Sindicato de Zapateros, me llamó a su despacho y me planteó que las cargas sociales que estaba soportando lo llevarían a la ruina, por lo que resolvió prescindir de todo el personal laboral. Me dijo que comunicara a los trabajadores esa disposición de la empresa y que oportunamente se entregarían las cartas de despidos y se daría el preaviso, terminado éste, las prestaciones correspondientes. Los Araujo contratan con uno de sus trabajadores, Julio García, entendido en administración y producción de calzado, para que les produzca calzado. Julio me contrata para elaborar el mismo calzado. En los últimos días me traslado de casa y me voy a vivir frente al Cementerio de Obreros.

En estos últimos años de la administración de Don Teodoro Picado, los ricos y las compañías extranjeras se pusieron de acuerdo para crear un clima subversivo; la violencia fue creciendo; todas estas fuerzas y los patronos pretendían liquidar la legislación social.

En marzo de 1948 vino, como se preveía el lanzamiento armado de José Figueres; los sindicalistas como los trabajadores, acudimos, como era lógico, a los frentes de batalla, en defensa de las garantías sociales y del Código de Trabajo. A mí se me dio de alta el 15 de marzo y me correspondió formar parte de la columna de zapateros. Me enlisté en las filas que combatían para el entonces Presidente de la República Teodoro Picado. Fui enlistado en el Cuartel Bella Vista, hoy Museo Nacional; fui entrenado militarmente durante cinco días; luego de esto fui enviado a pelear a Frailes; luego a reforzar las tropas a Tarbaca al mando del Mayor Maximino Solano. En Tarbaca tuvimos dos fuertes combates; en el segundo fue muerto el jefe Maximino y herido un compañero. Después de muerto Solano quedamos a las órdenes del Sargento Ananías Arrieta, quien con gran astucia nos dirigió hacia Santa Elena, donde tomamos un Beneficio después de un fuerte encuentro con los insurgentes. El Beneficio lo manteníamos como el cuartel, hasta que llegó la noticia de que había terminado la revolución.

Figueres llegó a San José constituyendo un gobierno de facto; nombró como Ministro del Trabajo al sacerdote Benjamín Núñez, quien con un juicio amañado disolvió la CTCR y algunos sindicatos; allanó los locales y puso en práctica la más violenta persecución; además, ilegalizaron el partido de la clase obrera.

En los primeros meses de 1949 con un pequeño grupo de obreros formo parte de una comisión obrera sindical, orientada por el partido. El objeto era trabajar por la organización y reorganización de los sindicatos. La situación política era compleja y delicada y el trabajo se realizaba con prudencia. Convoqué en mi casa a dirigentes zapateros leales; en la reunión se acordó celebrar otra en un potrero en Cristo Rey. Allí se me elige por primera vez en la junta directiva del Sindicato de Zapateros de San José; luego se me eligió como Secretario de Finanzas de la Federación de Trabajadores de San José. Como Secretario General se nombró a Gonzalo Sierra Cantillo. En los años que continuaron se desarrollaba el movimiento; se crearon otras federaciones. En 1953, en un Congreso celebrado los días 29 y 30 de marzo, se constituyó la Confederación General de Trabajadores Costarricenses CGTC. Fueron confeccionados los primeros estatutos de la CGTC y su declaración de principios, en condiciones muy difíciles para el movimiento obrero clasista. Apenas habían transcurrido cinco años de iniciada la represión sindical que culminó con la disolución judicial de la CTCR, a pedido del Ministro de Trabajo Presbítero Benjamín Núñez; de la Junta de Gobierno que había tomado el poder en abril del año 1948. Estaba en su apogeo la Guerra Fría, siendo atizada aquí por la Embajada Americana, por la Yunai Fruit Company y los testaferros del imperialismo incrustados en la O.R.I.T. (Organización Regional Internamericana de Trabajadores).

En la junta directiva de la CGTC se me eligió como Secretario de Organización, y como Secretario General a Gonzalo Sierra Cantillo. Al poner en práctica y desarrollar los planes de mi secretaría, me corresponde visitar algunas regiones del país y llevar a los trabajadores la orientación de la nueva Central Sindical. Visité la Zona Sur. Me reuní con las juntas directivas de sindicatos bananeros, les comuniqué el mensaje y recogí sus inquietudes. En la región Norte asistí a San Carlos a reunirme con campesinos de la Palmera para tratar problemas de precarismo. De paso por ciudad

Quesada, grata sorpresa tengo al enterarme de que mi recordada Lili vive en este lugar. Está unida a un señor muy conocido en la región, Alberto Lizano, propietario de pequeña farmacia. Traté de verla. Al no serme posible, resolví saludarla a través de una tarjeta que le envié a su domicilio, por correo. Luego tomé el bus que me trasladaría a San José; en el trayecto, en mi mente vagaban mil recuerdos de aquellos diciembres de Nochebuenas y lunas llenas y de aquellos ojos negros de mi morena.

Bajo las banderas de la CGTC nos tocó librar muchas batallas en defensa de los derechos democráticos y sindicales de los trabajadores, el Código de Trabajo y el Seguro Social y enfrentar la huelga bananera de 1954. En este año, en febrero, la junta directiva me envía para Austria a participar en una conferencia que se celebró en Viena, de Seguridad Social, patrocinada pro la Federación Sindical Mundial F.S.M. En el año 1955 nuevamente nos corresponde participar activamente en otra huelga bananera. Frente a este despertar de los trabajadores recrudece la persecución sindical. El local de la CGTC se encontraba en el Sueño de Colón; varias veces fue allanado por guardias y se nos detenía. Mi casa también fue objeto de registros policíacos, lo que me obligó a trasladarme a Santo Domingo de Heredia.

Mis dos hijos Juan Rafael y Orlando, cursaban sus estudios de primaria en la escuela Don Bosco; el menor iniciaba estos estudios en la escuela Mauro Fernández. Juan Rafael este año los concluiría, por lo que el año siguiente ingresaría en el colegio de Heredia. Los otros irían a la escuela en Santo Domingo. El hecho de que mis hijos mayores estudiaran en centros religiosos se debía a una determinada tolerancia a los principios religiosos de mi esposa.

En este año se celebró el segundo Congreso de la CGTC; a partir de él mis funciones fueron de Secretario de Actas, función delicada, pero sabía desempeñarla. Pasaron los años, en 1962 se me nombra como delegado de la clase obrera costarricense para participar en la celebración del 1 de mayo en Cuba. A mi regreso rendí un informe de mis impresiones del desarrollo de los objetivos de la revolución, siendo acogido con entusiasmo.

En setiembre de este mismo año se me delega como representante en la conferencia de Unidad Sindical Continental que se celebró en Santiago de Chile del 4 al 9 del mismo mes. En esta conferencia me tocó presidir una sesión

plenaria; se trataba de disolver la CTAL para crear un organismo más amplio. Como de costumbre, a mi regreso presenté ante la junta directiva cómo fue la composición de la conferencia y su orientación de unidad.

La CGTC, en la medida en que pasaba el tiempo trazaba métodos y tácticas para desarrollar la lucha obrera, la unidad y las organizaciones. Yo necesitaba estar ligado a toda la política para actuar con acierto. Recuerdo que en una reunión de junta directiva, sorprendió al compañero Gonzalo Sierra un dolor en el pecho que le causó la muerte al día siguiente. Mi labor no sólo se concretaba al cargo en la secretaría de Actas, sino que otros en la Federación y el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado Cuero y Similares. Me correspondía hacer visitas en algunas regiones del país. Se me designó por tres meses para estar en la zona bananera de Río Frío. En una ocasión que visité Grecia para atender una asamblea de trabajadores agrícolas, me enteré de que Lili, la morena de mis primeras ilusiones vivía en esta ciudad con su compañero Don Alberto, hombre que por su profesión y personalidad jugaba un papel importante en el partido político calderonista y que ya ejercía el alto cargo de diputado. Lili viajaba con él a las sesiones del Congreso Constitucional; ella lo esperaba en el carro durante el tiempo de la sesión en San José. En unas de estas sesiones la vi dentro del carro y conversé con ella. Estaba seguro de que me atendería una invitación. Sabía que ella estaba bien, nada le faltaba. Pensé, y así se lo dije, sé que podemos revivir nuestro pasado, pero mejor será que seas fiel a tu compañero, que el destino será el que resolverá.

En 1969 la comisión ejecutiva de la CGTC concedió beca a mis hijos para que realizaran estudios, Orlando en Yugoslavia y Olman en Bulgaria. Orlando es un joven estudioso, sin problemas; tiene facultades naturales en el dibujo y la escultura; es cariñoso con sus padres, hermanos y familiares; adora a la madre.

Olman es estudioso pero fogoso, muy trabajador, conduce vehículos de motor, es alegre y conquistador de amistades. Poco tiempo después de que salieron de Costa Rica, recibimos las primeras cartas, tanto Orlando como Olman describen cómo es la Universidad, en que estudian como la ciudad en que viven; además, señalan su propósito de visitarse uno al otro. Al terminar su curso lectivo, nos informaron de sus éxitos y de sus encuentros conjuntos.

Mi hijo mayor Johnny, ya casado, se entusiasma, no quiere ser menos; se propone estudiar aviación y logra alcanzar éxito: es piloto.

En 1970 se celebró en Budapest, Hungría, un Congreso Sindical Mundial; la CGTC al nombrar su delegación la integró con Alvaro Montero Vega y yo. Ya en el Congreso soy invitado por la delegación de Yugoslavia a visitar su país. Acepté y fui a ese bello país. Cuando llegué al aeropuerto de Belgrado fui recibido por dirigentes sindicales de ese país y mi hijo Orlando. Nos dimos un prolongado abrazo inolvidable. Al día siguiente con él y el intérprete, conocí ciudades maravillosas, fábricas y centros agrícolas.

En este año la junta directiva del Sindicato del Calzado me otorga una fotografía de toda la junta directiva, como demostración de reconocimiento, por mi participación constante en el movimiento obrero; firma la nota de reconocimiento el Secretario General, Víctor Mora Mora.

En setiembre de 1973, los días 14, 15 y 16, celebra la CGTC su décimo Congreso que lleva el nombre de Gonzalo Sierra Cantillo, como homenaje a su memoria. En este congreso la CGTC pasa a ser una central más amplia creándose la CGT. Se me eligió como Secretario de Actas.

En julio de 1976 la CGT integra una delegación que visitará la Unión Soviética y Hungría; nos corresponde a Víctor Mora Hungría y a mí la Unión Soviética. Nos pusimos de acuerdo de encontrarnos en Moscú para luego regresar juntos. Víctor no llegó a Moscú, pues se encontraba afectado en Budapest. Regresé solo; Víctor regresó después, pero llegando a Cuba, el día 26 de agosto murió.

La junta directiva del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado me encargó elaborar su biografía, en vista de que Víctor Mora y yo no sólo éramos compañeros en todas las luchas de la clase obrera, sino además íntimos amigos. Elaboré su biografía, dándola a conocer en un acto especial en homenaje a Víctor.

Al año siguiente, en enero, en una numerosa asamblea del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado Cuero y Similares, se me elige como Secretario General. Me corresponde ahora desde este cargo desarrollar la lucha de estos obreros. Me propongo realizar un plan de penetración en las fábricas, siendo aprobado por la junta directiva. Se me nombran las comisiones y se pone en ejecución.

Mientras este plan se desarrollaba, en mi hogar sufríamos el delicado estado de mi señora esposa. Un largo

tratamiento se le venía aplicando por enfermedad de diabetes y le había sido amputado un dedo del pie derecho. Esta operación no sólo le impedía andar con seguridad, sino que la desmoralizaba y se sentía sin habilidad. Creía que si se moría, su hijo Orlando no la vería y ella deseaba oírlo y verlo. Diciembre y enero los pasó en el Hospital México, luego en abril fue internada nuevamente; el día 22 de abril de 1978 murió. Su sepelio fue muy concurrido, recibió ofrendas florales de las diferentes organizaciones. Murió y su hijo Orlando estuvo a su lado. La agudización de la enfermedad de Teresa me obligó a pedirle a Orlando que regresara; los otros hijos ya no vivían con nosotros porque estaban casados. Murió primero mi esposa, idea que mantuvo desde el día que nos casamos. Fue una mujer fiel y cariñosa, humilde y sencilla; madre abnegada con gran visión que supo orientar a sus hijos con amor para que fueran hombres de trabajo, honestos y ejemplares. Teresa vive en mis recuerdos por sus virtudes.

Mi amada esposa murió; descansa bajo la tierra. Duerme un sueño tranquilo. Su recuerdo me acompaña: fue hacendosa y diligente, a los suyos y semejantes amó. Por el bienestar del pueblo, conmigo luchó. Fue humilde, sincera y valiente.

En el campo sindical, la ejecución del plan puso en movimiento a los trabajadores de las fábricas de calzado y tenerías. En junio de 1978 fue negociado el conflicto de carácter económico social que presentaron los trabajadores de la tenería Primenca a su patrono. Me corresponde asesorar toda la negociación alcanzando un buen convenio.

En la fábrica de calzado OLYMPIC, el patrono, al enterarse del desarrollo sindical en los trabajadores de su empresa, desata la persecución sindical y violentamente despide a 15 trabajadores; comunica además que despedirá a 40 más, por lo que me vi precisado a tomar medidas para impedir otros despidos. Al día siguiente, 15 de junio, junto con los despedidos tomamos por asalto el Ministerio de Trabajo como medida de presión para que el Ministerio tomara cartas sobre la persecución sindical y pago de prestaciones. Esta medida fue efectiva y trazó un nuevo método de lucha.

En agosto el sindicato me designa para representar a los trabajadores del calzado y el cuero en conferencia internacional que se celebró en Budapest, Hungría, de la Unión Internacional de Sindicatos del Vestido Textil, Cuero y Calzado.

En diciembre la CGT me nombra como su delegado para participar en la Conferencia de Solidaridad que se celebró en Panamá.

Cada día que pasaba las responsabilidades eran mayores: funciones en la Secretaría de Actas de la CGT, en la Federación Nacional de Trabajadores Industriales FENATI y la Secretaría General del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado Cuero y Similares.

Mi hogar permanecía en silencio. A mi hijo Orlando le hacía falta la madre, a mí por lo consiguiente. Estábamos como en soledad sin descanso; él en busca de un alivio se iba para donde su hermano Olman, ya fuera por las noches o domingos; yo pensaba en aquella mujer que conocí en juventud, a quien varios saludos en tarjeta le mandé de distintos países y lugares. Si pensaba en ella, la recordaba andando con los cadetes, y sabía que su compañero había muerto. Orlando encuentra a una joven cuñada que siente admiración por él y prepara su matrimonio.

En julio de 1979, el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado lleva a los trabajadores de la fábrica de Calzado CANADA MICKEY a presentar un conflicto económico social a su patrono. Me corresponde asesorar y negociar dicho conflicto, hasta alcanzar la primera firma de un convenio en beneficio de estos trabajadores.

En 1980 soy designado delegado al Primer Congreso de la Confederación Unitaria de Trabajadores, CUT, por el Sindicato del Calzado.

Durante estos años la actividad de visitas a los centros de trabajo frecuentemente fue para mantener el espíritu de lucha de los trabajadores frente a la política antisindical de la patronal y el Presidente Carazo.

En el 28 de marzo de 1981 la Federación Nacional de Trabajadores Industriales celebró una magna asamblea en el auditorio de la Clínica Moreno Cañas. En este grandioso acto me fue entregado un pergamino, como Honor al Mérito por mi participación, por mi trayectoria continua en la lucha de la clase obrera desde 1934 a 1981. Al recibir ese significativo reconocimiento de la clase obrera, y lleno de una gran emoción, sintetiqué mis palabras de agradecimiento en un solo hecho, dirigiéndome a los jóvenes asistentes: en la vida de un hombre 47 años de lucha continua es mucho, pero en la vida de un pueblo es un instante. El pergamino fue firmado por Marielos Giralt y Eliécer Sánchez.

En este mismo año, al encontrarme solo, pues hasta Orlando está casado, decido buscar a Lili. En julio visito su casa; me recibe en forma fría. Vive con una joven casada que crió y la ve como hija. Me pregunta, Juan ¿qué vienes a hacer? Le contesté a verte y saber si puedo ser tu amigo o compañero por toda nuestra vida. Lili me da el número de su teléfono y el día y la hora en que puedo llamarla. Efectivamente la llamé y el día 2 de agosto, llega a la parada Coca-Cola. Eran las 7 de la mañana. Venía vestida de blanco rayado de café, altiva, hermosa; sus grandes ojos me buscaban entre la gente; era la misma que acompañaba a los cadetes, la misma voz suave y dulce. La llevé al lugar convenido; conversamos de nosotros, convencidos estábamos de nuestro cariño y resolvimos probar por un tiempo nuestro amor.

Por mi parte busqué los medios de enterar a mis hijos de mi deseo y conocer sus reacciones. Hice uso de mis amigos que a la vez eran de mis hijos y de confianza. Conocidas las reacciones de mis hijos y mis nueras, que todas fueron favorables a que me hiciera de compañera, traté lo mismo con mis hermanos y como conocían desde niña a Lili, la reacción fue idéntica.

Lili y yo nos encontrábamos todos los domingos a las 7 de la mañana en la Coca-Cola; se levantaba de madrugada a hacer sus oficios para tomar muy temprano el bus de Grecia a San José. Al encontrarnos, después de estrecharla en mis brazos, nos dirigíamos a un regular Hotel a tomar una habitación para cambiar impresiones. Luego saldríamos de paseo por algunos lugares de San José, Heredia y Cartago; visitábamos iglesias, parques y mercados. Buscábamos personas que nos tomaran fotos con nuestra cámara. Almorzábamos en algún lugar. Nos acompañaba una radiograbadora, por medio de cassette oíamos música y canciones que avivaban nuestros recuerdos.

Un domingo le manifesté que no la quería como amante que quería que fuera mi esposa. Lili aceptó y fijamos fecha en enero de 1982. Los dirigentes sindicales estaban enterados de mis propósitos y de todos los hechos ocurridos en la vida de Lili y yo; admirados por estos hechos querían, y así lo deseaban, que nuestro matrimonio fuera un acontecimiento sindical de la clase obrera y celebrarlo en los salones de la CUT. No acepté tan espontáneo gesto por no conocer los sentimientos de Lili en este campo. Pero circunstancias imprevistas nos condujeron a celebrar el matrimonio el

día 18 de octubre de 1981. Concurrieron mis hijos, familiares y algunas personas que nos conocieron en nuestra juventud.

El matrimonio fue civil. Se había señalado celebrarlo el día domingo 11 de octubre en casa de Lilí y lo efectuaría el Licenciado Mario Blanco, dirigente obrero, Secretario de Conflictos de la Federación FENATI, quien estaba enterado. Lilí y yo pensamos celebrarlo humildemente, participando a familiares y amistades. Tres días antes de esta fecha le recuerdo al Licenciado que todo está listo, me dice que se olvidó de ese acto y se comprometió a otro para ese día. Me ruega posponerlo para el domingo siguiente 18 de octubre; con mucha pena comuniqué a Lilí y a las personas participadas. Nos preparamos nuevamente, hasta grabamos los anillos con la nueva fecha. Tres días antes le recuerdo al Licenciado, me dice que tiene problemas para conseguir un protocolo, que no puede efectuar dicho matrimonio y que lo pospongamos de nuevo. No acepto y le sugiero realizarlo ficticiamente, llevando papeles y haciendo la ceremonia. Mario acepta con la condición de que sea secreto de profesión. El día domingo 18 la casa de Lilí está arregladita; se respira el aroma de las flores, el de sabroso picadillo; hay licor, helados, buena música en el equipo de sonido; muchas personas llenas de alegría. Siendo las 10 de la mañana llega el Licenciado con su ejecutiva en mano y mostrando un saludo a los presentes, que lo esperaban con ansiedad; pregunta quiénes serán los testigos. Pero antes de que diera explicaciones y continuara tan serio, le di un gran trago; para que se pusiera sonriente y no se despertara sospecha. Luego procedió a celebrar la ceremonia. Nos indicó nuestras responsabilidades como esposos, continuó con su intervención mezclándola con la lucha sindical. Ya las copas andaban por toda la casa dando su efecto y lo que el Licenciado decía talvez no encajaba, pero todo era alegría; los testigos firmaron un papel que el Licenciado guardó en su ejecutiva.

El tiempo fue pasando, el día 30 de octubre llevo muy de mañana a Lilí a San José hasta el Departamento legal de la CUT y estando frente al Licenciado Antonio Muñoz, se queda extrañada y me pregunta a qué vinimos aquí. Le contesté: no se extrañe mi vida, que es hoy el día de nuestro matrimonio. Así fue, el día 30 de octubre se celebró en realidad.

Lilí y yo vivimos en el mismo sitio que nos conocimos cuando jóvenes, donde estuvo la casona de adobes; sentimos que nos queremos, que estamos adquiriendo una valiosa

experiencia, para poder dar un consejo y podemos decir que a pesar de nuestra edad sacamos juventud. Lili no podía tener hijos, pero ha criado unos que no son suyos. Es abnegada como la mejor de las madres; es fiel como la más fiel; es religiosa y bondadosa llena de amor para todos; ama el campo, es campesina e inteligente.

Igual que yunta
de bueyes
así los dos;
unidos por un yugo
de un gran amor,
por el sendero empedrado
del existir...
Jalamos la carreta
de nuestras ilusiones
hasta el morir.

Antonio Gutiérrez